

UNA ZARPA EN LA VENTANA

SILVER KANE

Abrió la ventana.

Y vio la zarpa. La zarpa estaba ya en el mismo alféizar de la ventana. El monstruo había llegado hasta allí.

Estaban sus ojos desencajados.

Sus dientes de lobo.

Sus pies no eran humanos… ¡sus pies que le servían para trepar como un simio!

Riley no se movió.

La zarpa vino hacia él.

Hacia su cuello.

Notó el aliento fétido de la muerte, pero no se movió. En el fondo lo estaba deseando.

La zarpa se clavó en su cuello.

Brotó la sangre.



Silver Kane

Una zarpa en la ventana

Bolsilibros: Selección Terror - 71

ePub r1.0

Titivillus 08.03.15

Título original: *Una zarpa en la ventana*
Silver Kane, 1974
Diseño de cubierta: Alberto Pujolar

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2




ft
SELECCION
TERROR

CAPÍTULO PRIMERO

Sí. Todo empezó con aquel ruido junto a la ventana. Aquella historia que había de llenar de horror incluso a un hombre como Stuart, acostumbrado a enfrentarse a las peores situaciones que se puedan dar en ciudades como Nueva Orleans o Baton Rouge, empezó con un leve sonido junto a los cristales de la ventana cerrada.

John Riley, que estaba tendido en la cama, se incorporó un poco y miró. No pudo ver nada. Sólo distinguió entre las sombras, a la luz de la lamparita de emergencia, la tristeza de su habitación de hospital. Una pantalla blanca apagada colgaba del techo. Frente a sus ojos tenía el lado opuesto de la cama, una mesa también blanca, dos butacas tapizadas de plástico amarillo y una puerta que daba al cuarto de baño. El hospital era el mejor de toda la comarca de White Lake, pero a él todos esos edificios le parecían igualmente horribles, por muy bien instalados que estuvieran. Pensando que quizá se había equivocado y que el ruido junto a la ventana debía ser una falsa apreciación suya, intentó volver a dormir.

Antes miró el reloj situado sobre la mesilla.

Eran las dos y diez.

La enfermera no haría su ronda rutinaria hasta las dos y media, de forma que quizá entonces volvería a despertarle. Pero de todos modos intentó cerrar los ojos otra vez. Quería olvidar. Quería olvidarse de su nombre, de su existencia, de todo…

Su mente estaba llena de visiones horribles.

Su vida no era más que una pesadilla sin nombre de la que hubiera querido librarse arrancándosela como fuera.

Quizá por eso no le habían dejado en la habitación nada con lo que pudiese atentar contra su propia existencia. Nada, ni siquiera los útiles de aseo. Cada mañana se los entraban para que se asease, y mientras lo hacía un enfermero le vigilaba continuamente.

John Riley se sentía peor que un preso.

Pero volvería a intentarlo. Lamentaba haber fallado una vez. *Volvería a intentarlo*…

El ruido se repitió entonces y él abrió los ojos de nuevo. Era un ruido extraño. Lo pudo identificar bastante bien, lo cual indicaba que la primera vez no había sido una alucinación. Parecía como si unas uñas largas arañaran la pared. Más exactamente, como si una zarpa se clavara en los intersticios del muro para ir trepando poco a poco hacia la ventana. Para ir llegando hasta él…

John Riley tuvo un leve sobresalto, pero, en realidad, no se asustó. Él sabía lo que era y sabía también que aquello había de ocurrir. Tarde o temprano todo el mundo se encuentra a su propio destino. Era inútil rebelarse contra él.

De modo que Riley se puso en pie. Fue hacia la ventana porque quería dar facilidades al monstruo. Sabía qué clase de ser era el que venía hacia él. Sabía a quién pertenecía la zarpa.

Aún se sentía débil.

Pero avanzó con paso firme.

Abrió la ventana.

Y vio la zarpa. La zarpa estaba ya en el mismo alféizar de la ventana. El monstruo había llegado hasta allí.

Estaban sus ojos desencajados.

Sus dientes de lobo.

Sus pies no eran humanos… ¡sus pies que le servían para trepar como un simio!

Riley no se movió.

La zarpa vino hacia él.

Hacia su cuello.

Notó el aliento fétido de la muerte, pero no se movió. En el fondo lo estaba deseando.

La zarpa se clavó en su cuello.

Brotó la sangre.

No fue una herida profunda, como si el monstruo quisiera divertirse con él antes de enviarlo despedazado a las llanuras del Más Allá. Riley ofreció el cuello aún mejor. Nada de aquello le asustaba. No se resistiría al segundo zarpazo.

Y en aquel momento la puerta se abrió.

La enfermera que hacía su recorrido a las dos y media lo había

adelantado porque le interesaba ir a besuquearse con un médico internista en la sala de descanso. Al abrir la puerta lo hizo maquinalmente y con la rutina de todas las noches, sólo para ver si el paciente dormía bien.

Y entonces vio aquello en la ventana.

Vio la sangre.

Vio al monstruo.

Vio los cabellos blancos y pegados a la cara, si es que aquello era cara. Vio los dientes de lobo. Vio las zarpas.

El chillido de horror de la enfermera se oyó en toda la clínica. Fue un chillido alucinante, angustioso, ululante, que rebotó en las paredes y avanzó por los pasillos. El doctor Riley, pues el hombre que estaba en la habitación también era médico, se volvió.

Una sonrisa extraña flotaba en su rostro.

Hubiera podido decirse que era una sonrisa satánica.

Como si le agradase ver al monstruo allí…

Como si él le hubiera llamado…

El grito de la enfermera se hizo aún más ululante, más espantoso, porque nunca había visto una escena así, ni en las peores películas de horror, porque todo le pareció una pesadilla de la que en cualquier momento hubiera de despertar. ¡Porque aquello no podía ser cierto…!

Aquellos dos alaridos que rasgaron la noche tuvieron la virtud de sorprender al monstruo, que estaba aferrado al alféizar de la ventana en un equilibrio muy precario. Sus zarpas no le sirvieron para sujetarse del todo, porque en aquellas circunstancias quizá no se hubiera podido sujetar ni un simio. Resbaló mientras sus zarpas producían un raaaaas siniestro y alucinante en las piedras de la fachada.

Luego se lo tragó la noche.

La niebla.

Se lo tragaron las sombras misteriosas de la nada.

La enfermera ya no llegó a verlo. Había perdido el sentido junto a la puerta.

John Riley avanzó hacia ella, dejando un rastro de sangre en la habitación, mientras susurraba:

—Lástima…

CAPÍTULO II

Ustedes no me conocen, y quizá hayan salido ganando con ello. Me llamo Stuart, y mi nombre, si no recuerdo mal, es el que ha sido mencionado ya en el primer capítulo de esta historia. Estoy acostumbrado a ver muchos horrores, muchas tragedias, hasta el punto de que me he embotado un poco y muchas veces no me doy cuenta ya de lo que estoy viendo. Insisto en que ustedes han salido ganando al no conocerme.

Muchas veces he tenido que entrar en pútridas habitaciones donde un cadáver llevaba descomponiéndose dos meses. Otras he tenido que levantar con mis manos cuerpos tan deshechos que entre mis dedos resbalaban largos gusanos blancos. Los borrachos que hay en las calles de Nueva Orleans me han vomitado encima mientras trataban de abrirme el estómago con una navaja. He tenido que estar en medio de batallas de pandilleros que se abrían en canal con verdaderas bayonetas. He disparado rabiosamente contra hombres que huían por el viejo Barrio Francés después de ultrajar y asesinar a una muchacha.

Todo eso ha sido mi vida.

Un asco. O un calvario, según como quieran ustedes mirarlo. Cuando mi padre, viejo policía, me dijo que yo debía ser policía también, no supo lo que estaba haciendo. Cierto que ahora pronto ascenderé a teniente de la Brigada Criminal, pero he tenido que pasar por tantas cosas en mis años de patrullero que ya no me queda humor para nada. Ni siquiera he tenido novia jamás, a mis veintinueve años. Sólo conservo un lejano ideal de mujer, pero eso es cosa mía.

Mi zona de servicio abarca ahora una serie de pequeñas localidades, desde que dejé la sucia plantilla de Nueva Orleans. Administrativamente dependo de Baton Rouge, pero tengo mi sede en Grand Chenier y vigilo las cosas que suceden en White Lake y

otros lugares de veraneo donde la gente pesca lo que puede en verano, desde truchas a chicas, pero, en cambio, en invierno aparecen a los ojos de todo el mundo como lugares solitarios y siniestros que encogen el ánimo.

Cuando me avisaron que algo había sucedido en el hospital comarcal que abarca los servicios de toda la zona de Grand Chenier, yo estaba de guardia, de modo que fui inmediatamente. Me encontré con una enfermera que había sufrido un terrible *shock* y que decía no sé qué de monstruos en las ventanas. Me encontré con una historia absurda que ningún policía en su sano juicio hubiera debido creer.

Y sin embargo, algo había de eso, porque el doctor John Riley presentaba una herida bastante profunda en la garganta, y esa herida había sido causada evidentemente por una zarpa. Cuando yo llegué, le acababan de intervenir para que la cosa no tuviera complicaciones, y estaba aún sumido en el sueño de la anestesia.

Me explicaron más o menos lo que había ocurrido.

Bueno, lo que sabían.

Todo había empezado con los gritos ululantes de la enfermera, que parecía una loca. Después habían escuchado de sus labios la historia fantasmal de un monstruo mitad simio mitad mujer que atacaba al doctor Riley desde la ventana, mientras el doctor Riley sonreía de una manera satánica, lo que aún lo hacía más inexplicable todo. Por fin la enfermera había entrado en un profundo *shock*.

Ésos eran los datos.

Un verdadero rompecabezas para un hombre de la Brigada Criminal, un rompecabezas del que yo no hubiese creído nada.

Pero estaba la herida del doctor Riley. Eso no era invención de una enfermera alucinada: Aquello había sido causado evidentemente por una zarpa.

Y también había marcas de enormes uñas en la pared del hospital, hasta la ventana de Riley.

Huellas que parecían haber sido dejadas por un gigantesco gato.

O por un ser de ultratumba.

Les advierto que yo no creo en esas cosas, de modo que mi expresión era más bien escéptica cuando entré en el despacho del director del hospital comarcal, al que habíamos sacado de la cama a

toda prisa. Mientras se frotaba los ojos de sueño barbotó:

—Todo esto es increíble… Increíble… Yo creo que esa maldita enfermera se ha vuelto loca y va a conseguir que nos volvamos locos todos. Es lo que les ocurre a esas imbéciles cuando entran en la edad de la menopausia. Como no pueden ver hombres, ven monstruos.

Yo no estaba tan seguro después de lo que había observado por mí mismo y después de lo que me habían dicho mis hombres, de modo que susurré:

—John Riley es una celebridad mundial, ¿verdad?

—Bueno, celebridad mundial tal vez no… —dijo sin poder disimular sus celos profesionales—. Pero tiene fama en el país, eso es indiscutible. Sus experimentos sobre injertos de órganos, sobre trasplantes y todo eso son notables. Da bastantes conferencias cada año y publica libros de vez en cuando.

—¿Por qué intentó suicidarse? —musité.

Me miró con asombro.

—¿Sabía usted eso…?

—La cosa se llevó con mucha discreción —dije—, porque sin duda no se quería envolver la figura del profesor Riley en un escándalo. Pero en la policía lo sabíamos, no le quepa duda. Como sabemos que le metieron aquí por dos motivos: para que se recuperara de la especie de tortilla de barbitúricos que el tío se tragó, queriendo suicidarse, y para tenerle discretamente vigilado. He visto que en su habitación no hay ni siquiera un peine. ¿Es por eso?

El director cabeceó lentamente.

—Sí —hubo de confesar.

—Y eso podría explicar que no intentara defenderse cuando *alguien* quiso desgarrarle la garganta, ¿no?

—Puede —dijo sombríamente—. Sí, eso lo explicaría.

Pero añadió inmediatamente, a continuación:

—No va a creer esa absurda historia del monstruo, ¿eh?

—Yo no creo nada —dije—. No creo nada que no haya visto.

Y me dirigí de nuevo a la habitación de John Riley.

Iba acordándome de bastantes cosas referentes a él. Pese a que Riley había sido siempre un hombre terriblemente solitario, que vivía como un monje en su residencia de White Lake, la policía

había tenido algunas noticias de él. Noticias confusas que le relacionaban con la desaparición de una mujer dos años antes.

Husmeé por el cuarto vacío. Como ahora Riley estaba en una habitación contigua al quirófano y dormido, aún no había peligro de que nadie nos interrumpiera. Vi al experto Dudley que estaba sacando moldes de huellas junto a la ventana. Dudley era uno de los peritos más antiguos de la policía de Louisiana, de modo que podía acordarse de muchas cosas.

—¿Verdad que tú habías oído alguna otra vez el nombre de ese médico? —pregunté.

—Sí —dijo tras reflexionar unos instantes—. Precisamente ahora me estaba acordando de que algo me daba vueltas en la cabeza… Fue cuando la desaparición de aquella muchachita mexicana llamada Soledad Huarte. Era una doncella que servía en la casa de Patricia Wimbledon.

Patricia Wimbledon era preciosa, era viciosa, era cínica y era millonaria. Todos sabíamos eso bien. Venía desde muy abajo, había heredado una fortuna cuando su marido murió.

—Se habló de que el marido había muerto envenenado —dijo Dudley como si adivinara mis pensamientos—, pero nada pudo probarse. Ni siquiera hubo intervención policial. Todo fueron simples rumores. En cambio, con lo de Soledad Huarte sí que intervinimos en serio, pero tú no estabas aún en Baton Rouge, sino en la Brigada Criminal de Nueva Orleans. Por eso no lo sabes.

—Sólo había oído algunas noticias confusas —dije—. ¿Qué fue lo que se supo más tarde de Soledad Huarte?

—Nada.

—¿Nada? —susurré.

—Bueno, quiero decir que desapareció como si se la hubiera tragado el viento. Buscamos en todas partes, porque fue la propia Patricia Wimbledon la que denunció su desaparición. Entonces ella estaba liada con un tenista famoso, con un tipo llamado Pancho Menéndez, o algo así, y el marido sin enterarse. La pista nos llevó a la casa del doctor Riley.

—¿Qué pista?

—La cosa rutinaria… Lo de siempre. Uno siempre investiga en los sitios donde fue vista por última vez una muchacha desaparecida, y resultó que por última vez había sido vista en casa

del doctor Riley. Pero no había nada allí. No encontramos ni un rastro. Por otra parte es un hombre libre de toda sospecha.

Por supuesto, yo sabía que eso era cierto. O era cierto en parte, nunca se sabe. Riley nunca hubiera hecho nada por dinero, ya que tenía bastante y no había ido nunca detrás de un dólar. Pensar que había hecho desaparecer a la muchachita porque alguien le pagase, era absurdo. Tampoco se podía pensar en un momento pasional. Que la hubiese ultrajado y luego la hubiese ahogado en el lago junto al cual vivía, por ejemplo. Riley estaba tan absorto en sus trabajos que no hubiera dado dos pasos por una mujer ni aunque ella se le vistiese de bailarina de cancán. Y como otras razones para un crimen no parecía haberlas, la conclusión que entonces sacó la policía me pareció correcta: Soledad Huarte había desaparecido como desaparecen miles de jovencitas al año a lo largo y ancho de Estados Unidos. Quizá trabajaba como camarera en un bar, quizá ejercía la prostitución en las calles de Nueva York, quizá se había casado con un millonario y paseaba en Cadillac… O tal vez descansaba ya en paz en cualquier solitario camposanto de Louisiana. Lo dicho: nunca se sabe.

Pero por si acaso telefoneé a la Brigada, en Baton Rouge, empleando el aparato de la habitación. Dije que en todo caso llamaran a los archivos de Nueva Orleans. Me interesaba tener cuanto antes fotografías de Soledad Huarte y todo el historial del caso. Si alguna relación existía entre la muchachita y lo que acababa de pasar, yo debía averiguarlo.

Me puse entonces a husmear entre las ropas de Riley.

A él le habían atacado cuando estaba en pijama, y en pijama había ido al quirófano. Por lo tanto tenía todas sus prendas allí. Abrí su cartera y vi que tenía bastantes dólares. Unas pocas tarjetas de visita, entre las cuales figuraba la de Patricia Wimbledon. Una tarjeta de crédito caducada, lo cual probaba lo despistado que era Riley. Y nada más.

Busqué en otros bolsillos.

Por lo pronto ya sabía que existía una relación, siquiera superficial, entre aquel hombre y Patricia Wimbledon. Por supuesto, nada cuadraba con lo de la garra y el fantasmal ataque de aquella noche, pero por ahora eso era lo de menos.

No encontré nada de interés en las ropas, pero dentro de un

armario había una cartera con documentos. La revisé. Una póliza de seguros de vida, un presupuesto para unas vacaciones, otra póliza para seguro de un coche marca Packard… Y un librito de notas. Una especie de agenda donde alguien había anotado con letra nerviosa todo lo que le estaba ocurriendo.

Podía ser un historial clínico.

A veces los médicos trabajaban con esas cosas.

Pero al abrir la primera página ya vi el nombre: Nora Riley. Y vi la foto. Y mis ojos se nublaron un momento.

O quizá más.

No lo sé.

Creo que les he dicho que cuento veintinueve años y que nunca he tenido novia. También les he dicho, me parece, que en cambio poseo un lejano ideal de mujer. Pues bien, ese ideal de mujer estaba allí. Era Nora Riley. Yo la conocía de Baton Rouge, pero sólo de vista. Yo había distinguido su imagen reflejada en los cristales de los escaparates la había visto recortarse en las ventanas, la había adivinado al fondo de calles solitarias donde parecía esperarme. Y ya sé que ustedes habrán adivinado lo que significa todo esto: yo estaba enamorado de una mujer con la que no había hablado jamás, lo cual viene a ser algo así como estar enamorado de una sombra. Estaba enamorado de Nora Riley porque la veía en Baton Rouge, pero nada más. Ni siquiera sabía que tenía algo que ver con el médico cuyo caso estaba ahora investigando.

¿Su hija?

No, porque John Riley no había estado casado jamás. Probablemente Nora era simplemente su sobrina.

Pero si el caso en que ahora estaba metido me había interesado desde el principio, a partir de este momento me obsesionó. Cualquier cosa en que estuviese metida Nora Riley era esencial para mí, aunque ella ignorara casi mi existencia. Sólo nos habíamos saludado en la calle, cuando yo me hacía el encontradizo, pero Nora ignoraba incluso mi nombre. Quiero decir que para ella no existía oficialmente: era tan sólo alguien que pasa y con el que nos tropezamos a veces. Estaba lejos de sospechar que para mí el sólo hecho de mirarla significara tanto.

Hojeé la agenda.

Pronto me di cuenta de que era una especie de diario. Nora

Riley había anotado allí sus impresiones, unas impresiones que hacían estremecer.

Tuve que leerlo todo varias veces, mientras los técnicos en huellas hurgaban por allí y mientras la luna espectral de Louisiana entraba a raudales por la ventana de la habitación.

En las los primeras ocasiones no pude creerlo.

Luego me di cuenta de que bastantes cosas concordaban y de que aquéllas no eran las impresiones de una alucinada. Había algo más, algo que yo tenía que averiguar aun a riesgo de volverme loco.

Porque aquellas páginas me adentraron en un clima de pesadilla y de horror, un mundo donde uno perdía la dimensión de las cosas humanas.

Uno de mis ayudantes susurró:

—¿Quiere café, teniente?

Me llamaba ya *teniente*, aunque yo no lo era, pensando que mi nombramiento estaba ya sobre una mesa, pendiente sólo de una firma.

—Sí —dije—. Gracias.

Me sentaría bien. Poco imaginaba que en los próximos días me iba a alimentar de café y cigarrillos casi exclusivamente.

Y volví a leer.

Lo que contaba aquel diario deben ustedes saberlo. Si quieren saber por qué la vida de Stuart fue un infierno desde aquel momento, deben conocer lo que ponía allí. Y esto es, letra por letra, lo que Nora Riley había escrito.

CAPÍTULO III

Hacía años que no visitaba a tío Riley.

Siempre ha sido un hombre extraño, solitario y taciturno. Apenas nos escribíamos; sólo cuando alguien de la familia estaba muy enfermo se lo comunicábamos a él, y entonces nos contestaba diciendo que lo lamentaba mucho. Y si se lo pedíamos nos recomendaba a alguno de sus antiguos compañeros de la Facultad de Medicina para que nos atendiesen mejor. Ésos eran nuestros contactos.

Cuando mamá murió, él vino para los funerales. Me dio la sensación de que era la primera vez que le veía, porque no le había tenido delante desde mis días de niña. Apareció ante mí como un hombre de unos cincuenta años, muy bien conservado, con la mirada fija e hipnótica, algunos reflejos blancos en las sienes y el aspecto de estar siempre pensando en sus cosas. Daba también la sensación de que en su mundo no se podía penetrar, de que era incluso un mundo un poco siniestro.

Estuvo sólo un día en casa. Luego regresó a su propiedad de White Lake, diciendo que tenía mucho trabajo y no podía abandonarlo.

Estuvimos dos años sin vernos. Durante esos dos años cuidé a papá, que desde la muerte de su mujer había quedado como un viejo y se extinguía lentamente, sin que yo comprendiese por qué.

Cuando papá murió, tío Riley no vino, pese a ser su único hermano. Se limitó a enviarme algún dinero y a ponerme un telegrama en el que me decía que con aquello pagara los gastos del entierro y que luego podía irme a vivir a su casa. Que no me preocupara por mi porvenir. Él ya sabía bien que papá había sido siempre un modesto empleado y que no podía haberme dejado ninguna gran fortuna. A duras penas para el funeral.

Pasé dos meses como una hipnotizada, tras la ceremonia del

entierro. No podía concebir que en aquella casa tuviera que estar siempre yo sola y las paredes se me caían encima. Las horas se me hacían tan insoportables que comprendí que no podía continuar de aquel modo.

Cuando murió mamá y yo tuve que cuidar de la casa, me vi obligada a dejar mi empleo, que era el de secretaria particular en una oficina más bien modesta. Resultó que, ahora que tenía tiempo libre y las reservas de dinero se habían agotado, debería volver a aquel empleo. Había dejado buenos recuerdos en la casa, de modo que me volverían a admitir con mucho gusto.

Bueno, eso creía yo.

Pero en dos años la casa había sido vendida a un nuevo dueño. Éste tenía al frente del negocio a su hijo, un sinvergüenza que llevaba una contabilidad con todas las chicas que habían pasado…

Ya me entienden. Las que habían pasado por su alcoba.

Naturalmente, al día siguiente me despedí. Yo estaba muy orgullosa y altiva con mi decisión, pero la cosa acabó en un chasco, porque resultó que él me había despedido antes.

—Una secretaria que no puede *trabajar* no me sirve —dijo.

Yo le tiré con desprecio el sobre de la paga a la cara, pero él no se inmutó.

—Lástima —dijo—. Porque tienes bonitas piernas. Yo te había puesto en la lista desde que entraste por esa puerta.

Me sentía verdaderamente desesperada. Tenía que marchar de Baton Rouge, donde había pasado toda mi vida.

Baton Rouge es una ciudad caliente, sensual y cruel. Es tan sudista como en los tiempos de la vieja Confederación, como si aún estuviera la capital en Richmond y aún viviese el general Lee. Tiene señorío, pero precisamente por eso es más duro no estar en el lado de los señores, sino en el lado de los que les sirven. Llegué a pensar en vender mis propios muebles y libros —la casa no era mía, sino alquilada—, y marchar de allí lo más lejos que pudiera.

Fue entonces, precisamente entonces, cuando llegó la carta del tío Riley.

Me preguntaba por mi salud y decía que estaba inquieto al saberme sola y seguramente sin grandes recursos. Su carta, que era muy amable, constituía una invitación para que me fuese a vivir con él a su casa de White Lake. «No te divertirás mucho aquí —

terminaba diciendo— pero al menos estarás tranquila y tendrás una cierta seguridad económica. Además, en la época de pesca, esto se llena y hay magníficas oportunidades para conocer a muchachos interesantes».

La carta no podía haber llegado en un momento más decisivo para mí.

Yo no he tenido nunca novio y no soy de ningún modo una de esas chicas americanas de la High School, que se meten en una cama con cualquiera. La vida aburrida que me ofrecía tío Riley a mí no me disgustaba en absoluto.

Fue entonces, al decidirme a aceptar, cuando me dije a mí misma que sabía muy pocas cosas de él. Le llamaba incluso «tío Riley», por su apellido, como si fuera una persona extraña.

Durante su juventud fue un estudiante prodigio, a diferencia de su hermano —mi padre—, que nunca pasó de la escuela secundaria. Sus estudios sobre biología humana, sobre injertos y sobre trasplantes de órganos muertos a cuerpos de otras personas que estaban vivas, habían llamado la atención incluso cuando tío Riley era un simple interno del hospital. Le invitaron a ampliar estudios y a dar conferencias; escribió algunos libros, fue llamado a consultas y ganó mucho dinero. Tío Riley estaba de lleno en la pendiente hacia arriba que la gente suele llamar el *éxito*. Pudo poner una clínica particular e hincharse, pero él no era ambicioso en el terreno económico. Lo único que le importaban eran sus estudios. La idea quizá diabólica que llevaba en la cabeza y de la que no había hablado a nadie nunca.

Pero la vida junto a él me parecía interesante y hasta apasionante quizá. Le ayudaría en sus trabajos de laboratorio, ordenaría sus fichas y cuidaría de él. Además, vivía lejos de Baton Rouge, en un lugar apacible, junto a las aguas de un lago.

Escribo todo esto porque quiero que el que llegue a hallar ese librito cuando yo muera, sepa desde el principio lo que ha ocurrido. Para que penetre en el horror de lo que ha sido mi existencia estas últimas semanas.

Porque yo sé que no seguiré escribiendo durante muchos días estas líneas. Porque estoy segura de que voy a morir.

CAPÍTULO IV

Tío Riley tenía la mejor casa de los alrededores de White Lake. Al verla me quedé asombrada.

—¿Pero es enteramente tuya? —pregunté.

—Claro que sí.

—Ha debido costarte una fortuna…

—No lo creas. Cuando la compré hace unos años, esta zona aún no era tan elegante como ahora. Además, ya sabes que hubo épocas en mi vida en que gané mucho dinero y no hube de dar importancia a un puñado de dólares. Ahora es distinto.

Parecía quererme indicar con eso que ganaba poco.

Pronto comprobé que no.

Con sus experiencias escribía libros y daba conferencias durante dos meses al año por todo el país. Aquello se lo pagaban muy bien y ganaba más de lo que gastaba, al contrario de mi pobre padre, al cual siempre le faltaba un dólar para estar tranquilo.

En la casa había dos personas a su servicio: un ama de llaves y su marido, que hacía los trabajos duros. Por lo que vi enseguida, era un matrimonio desgraciado.

Ambos no tenían más remedio que seguir juntos allí para mantener el empleo que les permitiera vivir bien en otros aspectos. Noté que se odiaban a muerte. Apenas se hablaban y procuraban, que el trabajo de uno no rozase con el trabajo del otro.

El laboratorio era inmenso, y la biblioteca también. La casa, muy grande, no se habitaba en su totalidad. Había pasillos oscuros y habitaciones vacías que llegaban a helar la sangre en las venas.

Precisamente desde todas las habitaciones vacías se veía el lago, y eso alteraba mis nervios, aunque al principio no supe por qué.

—Elige el dormitorio tú misma —me dijo tío Riley.

—Prefiero la parte que no da al lago.

—Se ve que llevamos la misma sangre porque a mí me ocurre lo

mismo. El lago me pone nervioso. Bien. Hay habitaciones para escoger, de modo que no te preocupes. La que más te guste. Ah… Y la amueblaremos a tu gusto.

Eso era indispensable, porque yo no hubiese podido vivir en aquel ambiente, entre muebles pesados y viejos que parecían arrancados de una estampa de otra época. Compré unas cuantas piezas claras y luminosas, hice pintar la habitación, encargué por correo —valiéndome del catálogo de una revista— algunos cuadros y la alfombré a mi manera, con dibujos alegres y claros.

Los muebles viejos formaban una triste pila en un rincón. Pregunté a tío Riley qué podía hacer con ellos.

—Tíralos. O quémalos quizá.

—Debería quemarlos. Son horribles…

—Pues hazlo tranquilamente. Peter te ayudará. Encendéis una gran hoguera en el patio, y asunto concluido.

—¿Quién los eligió?

—Mónica.

—Pues Mónica debía tener muy mal gusto. ¿Quién era?

—Una antigua ama de llaves. La que estaba aquí antes de que llegase la señora Porter.

—¿Y qué ocurrió con ella? ¿Se fue?

—Sí. Un buen día se despidió.

—No me extraña. Según como fuera su carácter, esto debería parecerle aburrido…

Acaricié los cajones que no habían sido abiertos en muchos años. Había sobre todo ello una pátina de polvo. Abrí uno de esos cajones y vi diversas cartas unidas por un lazo rosa y un retrato muy viejo, de una señora que llevaba un peinado que a mí me pareció prehistórico.

—¿Qué es esto?

Tío Riley se encogió de hombros.

—No sé… Recuerdos personales de Mónica. Éstas deben ser cartas de algún novio que tuvo. Y ésta… ah, sí, ya recuerdo. Ésta es su madre.

Una especie de sombra pasó por mi rostro. Fue ésa la primera vez. La primera vez que noté la sombra.

—Tío Riley…

—¿Qué?

—¿Dices que Mónica se fue?

—Pues claro. ¿No lo has entendido?

—¿Se fue precipitadamente?

Tío Riley pareció repasar sus recuerdos. Daba la sensación de que aquello estaba borrado de su memoria desde mucho antes. Al fin hizo una mueca.

—No. No se fue precipitadamente. Tardó una semana después de decírmelo, o algo así. ¿Por qué preguntas eso?

—Porque me extraña mucho el que una mujer se olvide sus primeras cartas de amor y del retrato de su madre.

Tío Riley se encogió de hombros.

—Hay gente muy extraña, ya lo irás viendo. Quizá ella quiso romper con su pasado y por eso lo hizo. Pero no pienses más en ello, ya que Mónica no volverá. Quémalo todo y líbrate de esos muebles llenos de polvo y de carcoma.

Yo decidí hacerlo así.

En efecto, era lo mejor.

¿Qué me importaban a mí los recuerdos de una mujer que ya no volvería nunca?

Aquella noche lo quemamos todo entre Peter y yo.

La sombra había desaparecido de mi rostro. Siempre me ha gustado ver el fuego. Tengo la sensación de que vuelvo a mis días de niña, que revivo otra vez.

Pero la sombra volvió. Volvió aquella misma noche.

Fue cuando me di cuenta de que la señora Porter llevaba siempre una mano oculta con un guante negro.

Y esa mano —le derecha— era más grande que la otra.

CAPÍTULO V

Tío Riley llegó aquella mañana conduciendo un magnífico descapotable blanco. Era un Oldsmobile juvenil y deportivo, que a él no le caía bien, pese a seguir siendo un hombre muy bien conservado. Lo conducía con poca maestría, ya que no era ningún experto con el volante en las manos.

Yo salí al patio al verle, asombrada.

—¡Pero, tío Riley! ¿Qué es esto?

—Ya ves. Lo he comprado para ti.

—¿Para mí? ¡Si no lo necesito!

—Toda chica necesita un coche. ¿Cómo vas a ir a los sitios, si no?

—Hay autobuses.

—Cierto, y cuando yo vivía en las grandes ciudades los utilizaba. El coche en los grandes núcleos urbanos es una pesadilla más que un beneficio. Pero aquí resulta distinto. No hay nadie… Con él puedes rodar a ochenta millas por hora.

—¿Y el Packard que tienes en el garaje?

—Está ya muy viejo. Pero es un coche de confianza y enormemente seguro. Lo guardaré para mí.

No he de negar que el descapotable me maravilló. Incluso en mi país, donde los coches se tiran apenas estrenados, porque la gente se aburre de ellos, y donde resultan increíblemente baratos, yo nunca había tenido uno como aquél. Los chicos que los poseían me habían llevado a pasear algunas veces, pero no era lo mismo.

Decidí estrenarlo yendo a Grand Chenier, la ciudad importante más cercana. Todas esas pequeñas ciudades tienen el ambiente agradable que parece ser privativo del golfo de México. Hay buenos comercios, abundancia de moteles y gente alegre. Di varias vueltas y, al fin, me estacioné en la calle principal, donde los escaparates me atraían.

Por primera vez en mucho tiempo, disponía de dinero.

Tío Riley me había dicho el primer día de mi llegada:

—Puesto que vas a ayudarme, es justo que cobres un suelo. Aquí tienes la primera mensualidad.

Y me la había pagado, a pesar de que yo no le ayudaba prácticamente en nada, excepto en hacer fichas de algunos volúmenes de su enorme biblioteca.

Anduve por entre los escaparates, mirando aquí y allá, y entré en una tienda a comprar unos pantalones tejanos, que me irían muy bien para moverme por los alrededores del lago. Después seguí paseando.

Y de repente me detuve atónita.

Eran los mismos ojos, la misma boca. Aquella misma mirada que parecía llegar desde el otro lado del tiempo.

Estaba detrás del cristal del escaparate, pero no en el escaparate sino en la tienda. Ésta aparecía fría y un poco hostil. Apenas se distinguía nada del interior.

Sobre la puerta, un pequeño rótulo indicaba:

Bordados y encajes «Madame» Carlier

Los bordados y encajes son una tradición francesa, y Louisiana perteneció a Francia hace muchos años. Quizá alguna familia había conservado el oficio desde aquellos lejanos tiempos, y la tal *madame* Carlier era su última descendiente. Desde luego la tienda tenía aspecto de no haberse modificado en los últimos cuarenta años.

Entré.

No sabía qué impulso era el que me guiaba, pero lo hice.

Dentro de la tienda no había nadie. Sólo la oscuridad me recibió. Eso era inexplicable, porque yo acababa de ver el rostro a través del cristal del escaparate. Era el rostro de una persona que estaba dentro de la tienda.

Cuando cerré la puerta, sonó una campanilla.

Una mujer ya casi anciana llegó desde un remoto pasillo. Llevaba en las manos un pedazo de encaje, y sin duda yo la había interrumpido en su trabajo. Pero sonrió.

—Buenas tardes… ¿En qué puedo servirla?

—Quisiera ver a la señorita Mónica.

—¿Mónica?

Parpadeó. Sus ojos parecían miopes.

—Sí. La he visto hace un instante desde la calle.

—Mónica… Mónica… No lo comprendo.

—Llámela sólo un momento, por favor. Quiero darle un recado.

—Hija mía, lo que no comprendo es que usted la haya visto. Aquí no he tenido jamás una chica que se llamara Mónica.

—No es una chica, sino una mujer ya mayor.

—Pues más difícil aún, porque lo único que tengo son aprendizas. Pero ahora estoy sola.

—Perdone, pero… Estoy segura de que la he visto.

—¿Cree quizá que la engaño? ¿Quiere pasar al interior y verlo? Aunque bien pensado, ¿con qué derecho iba a hacer eso?

Me mordí el labio inferior. Comprendía que mi insistencia era absurda.

No tenía ningún motivo para importunar a aquella mujer.

—Perdone —dije—. Ha sido un error. Quizá es que no me encuentro bien.

—¿Quiere tomar una taza de hierbas? Me la estaba preparando para mí.

—No, gracias. Prefiero no tomar nada. Le ruego que me disculpe.

Salí de la tienda, sumida en un mar de confusiones. Me preguntaba si no habría sufrido una alucinación.

Pero estaba segura de que era la misma cara que vi en el retrato de la madre de Mónica. Los mismos ojos, el mismo dibujo de la boca… Sólo variaban el peinado y los pendientes. No podía ser la madre de Mónica, por supuesto, pero tenía que ser su hija, es decir la propia Mónica.

Yo la había visto bien.

A menos que empezase a ver cosas que no existían, para lo cual no había ninguna razón, puesto que, quizá por primera vez en mi vida, comía bien, dormía mejor y trabajaba poco.

Pero pronto me convencí de que aquélla no era una pesadilla de mi cerebro.

Porque fue a partir de aquella noche cuando empezaron a sonar gritos en el lago.

CAPÍTULO VI

Eran largos, ululantes. A veces terminaban en una especie de extraño gorgoteo.

Eran como los de una persona que se ahogase y gritara toda su desesperación en el momento de morir.

Cuando los oí me desperté sobresaltada, sentándome en la cama. Mi cuerpo estaba bañado en sudor.

Sentía que las manos me temblaban.

Había sujetado la colcha con ellas y apenas podía sostenerla. Cuando los gritos cesaron, aún me parecía oírlos como si sonasen en el interior de mi cráneo.

No podía evitarlo. Tenía miedo.

A pesar de que mi habitación no daba al lago, yo había oído los gritos saliendo de aquel paraje. Y como esta vez no era una alucinación, salté del lecho, me armé de valor y, vistiéndome una bata de punto salí al pasillo.

Éste estaba sumido en tinieblas.

Parecía tragarme cada vez que avanzaba un paso. La oscuridad era viscosa y me absorbía.

Conocía ya la casa, pero de haber estado en un lugar desconocido no hubiese podido resistirlo. Me hubiera puesto a chillar.

Al fin entré en el laboratorio del tío Riley, que trabajaba aún. Estaba analizando lo que me parecieron las vísceras de un animal.

—Nora, ¿tú aquí?

—Estoy asustada…

—¿Asustada? —Me miró como si no me comprendiera—. ¿Por qué? ¿Ha entrado algún ladrón?

—Esos gritos… —musité.

—¿Cuáles?

Me llevé las manos a los oídos, desesperada.

—¡Por favor, no me digas que sólo los he oído yo! ¡Esta vez estoy segura!

—Ah, ya comprendo… —de repente sonrió—. Los gritos… Debí haberte advertido antes.

—¿Advertirme de qué?

—Se oyen sólo en esta estación. Son un fenómeno científico.

—¿Un fenómeno científico?

La verdad era que cada vez lo entendía menos. Pero la actitud del tío Riley era tan tranquila que me fui sintiendo calmada poco a poco.

—En el lago hay unas grutas —murmuró—. El agua no llega a ellas excepto en esta estación, que coincide con la de las mareas más altas. Entonces el agua penetra de repente en el interior, y por tanto expulsa el aire que sale, entre otros lugares, por unos pequeños orificios. Es entonces, al salir, cuando produce ese ruido tan extraño, pareciendo un grito humano. Eso ocurre durante tres o cuatro días a lo sumo. Luego ya no vuelve a oírse.

Me llevé la mano al corazón. Estaba muy fatigada, como si acabase de terminar una larga carrera.

—La verdad es que estaba asustada…

—Reconozco que debí habértelo advertido. Lo siento. Pero ahora ya sabes de qué se trata. Debes volver a la cama y dormir tranquila. ¿Quieres cambiar de habitación?

—No. Estoy muy bien en la mía.

—Bueno, pues entonces…

Parecía como si yo le molestase, aunque la educación le impedía decírmelo claramente. Era evidente que le había interrumpido en mitad de un estudio que le apasionaba. Pero yo miré en torno mío como si no hubiese estado jamás allí, observándolo todo. Tuve la extraña sensación de que el laboratorio de tío Riley no era de noche lo mismo que de día. Durante el día, por ejemplo, no había visto allí vísceras humanas ni de animales. Y en cambio ahora, de noche, todo era distinto. Incluso vi sobre una mesa de mármol una extraña forma cubierta por una sábana.

Me acerqué allí. Tío Riley sólo tuvo tiempo de decirme:

—¡Nora!

Al levantar la sábana estuve a punto de lanzar un grito. Tuve que taparme la boca con la mano izquierda.

Lo que había allí era un tronco humano. Entiéndase bien: sólo el tronco. No existían, pues, ni la cabeza ni brazos y piernas. Estaba abierto por la mitad, y el interior había sido vaciado de sus vísceras.

Debía haber pertenecido, sin embargo, a una mujer joven. Los senos no habían sido castigados ni por la maternidad ni por el tiempo. Se mantenían extrañamente enhiestos entre la carne destrozada. El efecto fue sobrecogedor para mí.

Tío Riley se acercó lentamente.

—No debiste haber destapado esto —murmuró—. No es agradable para una chica, aunque resulte lo más natural del mundo.

—¿Natural? —susurré.

—No necesito decirte que soy médico y que trabajo en injertos. El porvenir de la Medicina está en eso: en poder injertar a una persona un miembro sano de otra persona previamente muerta. Algo parecido a la tarea del mecánico que sustituye una pieza deteriorada por otra de recambio. ¿Qué sucedería con los coches si nunca se les pudiese cambiar nada, ni siquiera la batería o los neumáticos? Pues eso es lo que sucede ahora con los seres humanos. Nos hemos de morir cuando nuestro hígado se fatiga o cuando nuestro corazón deja de trabajar. Cuando podamos cambiarlos será distinto. En trabajos como el que yo realizo está, pues, el porvenir de la especie humana. Pero, eso, claro, tiene sus pequeñas exigencias. —Señaló los restos humanos—. Me los envían desde la Facultad de Medicina —siguió—. Ya sabes tú lo que son las salas de disección, ¿no? Un cuerpo sin vida es desmenuzado hasta sus partes más esenciales, hasta los nervios o los músculos puros, a fin de que los estudiantes aprendan. Yo recibo cadáveres frescos, con órganos todavía en buen estado, y experimento con ellos. Pero el camino es largo, terriblemente fatigoso. A veces me desanimo.

Yo cubrí aquellos restos con las sábanas. Comprendía bien a tío Riley. No había vivido, no había amado a ninguna mujer ni tenido hijos a causa de sus desvelos por la ciencia. Todo aquello debía parecerme natural, al fin y al cabo. ¿De dónde pueden obtenerse órganos para estudio, sino de los cadáveres? Pero aun así pregunté:

—He estado otras veces en tu laboratorio y de día nunca había visto esto.

—Es que los restos me los traen y se los llevan de noche. No me gusta que la gente husmee.

—Ah…

—Ocurre como en los hoteles y en las clínicas. No se llevan nunca al muerto a la luz del día.

—Me hago cargo.

Vi un paquete de cigarrillos sobre la mesa. Lo tomé y encendí uno nerviosamente.

—¿Has tenido algún fracaso? —pregunté de súbito.

—¿Qué quieres decir?

—Si has injertado a alguien un miembro que luego no se haya desarrollado normalmente.

Sus facciones se ensombrecieron. Por unos instantes incluso me pareció que cambiaba de color.

—Uno siempre tiene fracasos —reconoció al cabo de unos momentos—. El camino de la ciencia está lleno de escollos con los que a veces se tropieza. Pero hay que seguir adelante. Hay que seguir siempre adelante, a costa de lo que sea.

El humo del cigarrillo me tranquilizaba y me ayudaba a no notar el penetrante olor (más tarde supe que era aldehído fórmico) que parecía flotar en el laboratorio.

—Siento haberte molestado, tío Riley —dije suavemente.

—No te preocupes.

—Volveré a mi dormitorio. Creo que ahora podré descansar más tranquila.

—Si vuelves a oír esos ruidos no sufras. Ya te he dicho de dónde provenían.

Le sonreí y fui a salir. Antes de que llegara a atravesar la puerta, él me llamó con voz suave:

—Nora…

—¿Qué, tío Riley?

—¿No has hecho amistades por aquí? Quiero decir si no has salido con ningún chico.

—Hasta ahora no he encontrado ninguno que me pareciera interesante. ¿Por qué?

—Si alguno te corteja no te dé vergüenza preguntarme por él. Conozco a toda la gente de estos contornos y puedo aconsejarte. Me sabría muy mal que tuvieras un disgusto.

—Lo tendré en cuenta, tío Riley. Gracias.

Salí y volví a mi dormitorio. Pero aquello de que iba a dormirme

me nuevo resultó más bien un buen deseo que otra cosa.

Me era imposible cerrar los ojos.

En todas partes me parecía ver sombras furtivas.

Y notaba, al otro lado de las paredes, la presencia inquietante del lago.

De pronto aquellos gritos volvieron a oírse otra vez.

Me tapé la cabeza con las sábanas y procuré no escucharlos.

Pero eran obsesionantes. Y pese a la explicación científica que tío Riley me había dado, me costaba creer que pudieran deberse a un simple fenómeno de acústica, a algo producido por el aire de una gruta al ser expulsado por el agua.

Presté atención.

Mis nervios vibraban. Cada vez me sentía más angustiada, más inquieta.

Al fin llegué a la conclusión de que aquello tenía que ser causado por una garganta humana.

Alguien que se quejaba…

No pude resistirlo más y me vestí presurosamente en la oscuridad. Para eso me sirvieron los pantalones tejanos que había comprado aquella misma tarde en Grand Chenier. Me puse luego una camisa ligera encima y salí.

Había luna.

Todo se veía igual que en pleno día.

Como las cortinas de mi habitación estaban corridas, no me había dado cuenta hasta aquel momento de la claridad que inundaba el paisaje.

Avancé hacia el lago, guiada por aquellos extraños gritos que seguían oyéndose a intervalos. Al fin pude ver de dónde procedían.

Y entonces me estremecí.

Porque si lo que me había dicho tío Riley hubiese sido verdad, aquellos sonidos hubieran partido de la orilla del lago, donde podían estar las grutas. Y en cambio partían de una espesa zona de arbustos que había al menos a veinte yardas de distancia.

Sentía frío en las venas. Me estaba ocurriendo algo que no me había ocurrido jamás: se me helaba materialmente la sangre.

Sentí terribles deseos de correr y de ponerme a salvo, porque la sensación de peligro me llenaba por entero. Sin embargo, el mismo miedo me impedía moverme. Me parecía como si mis piernas

estuvieran recubiertas de plomo.

Y de pronto la vi.

Emergió de entre los arbustos y me miró con lo que al principio parecía ser una expresión de sorpresa. En su rostro que no sé si era humano o no, palpitaba la ansiedad.

La reconocí al instante.

Había visto aquel rostro horas antes en la pequeña ciudad de Grand Chenier.

¡Era Mónica!

Pero la Mónica que ahora estaba ante mis ojos resultaba muy distinta de la que distinguí a través del cristal del escaparate. La de ahora tenía los cabellos cortos y absolutamente blancos, como si la hubiese acometido un brutal sufrimiento. Los ojos se le salían de las órbitas. Vestía enteramente de negro y con ropas antiguas, como copiadas de una estampa de cincuenta años atrás.

Su aspecto era estremecedor, pero prácticamente yo aún no había visto nada.

Me faltaba enfrentarme con lo increíble, con el horror mismo.

Cuando ella abrió mucho la boca para gritar de nuevo, lo vi. Sus gritos eran los mismos que yo había escuchado antes.

Unos dientes larguísimos y afilados, parecidos a los de un lobo, asomaban por entre sus labios. Me bastó verlos para comprender que aquellos dientes podían ser un arma mortal.

Pero no era eso sólo.

Por debajo de sus largas faldas asomaba algo que no eran pies humanos. A mí me parecieron las plantas de los pies de un simio. Cierto es que lo veía todo confusamente, como entre las brumas de una pesadilla, pero, sin embargo, ese detalle quedó para siempre grabado en mi memoria.

No era una mujer.

Era una horrible y estremecedora combinación de ser humano, chimpancé y lobo.

Un estremecimiento brutal sacudió todo mi cuerpo, mientras en la noche sonaba un nuevo alarido.

Antes de que reaccionara, aquel ser de pesadilla se abalanzó sobre mí. No andaba, sino que daba grandes saltos. Su vestido negro y fantasmal parecía volar en jirones por el aire.

Mis pies seguían clavados en el suelo.

Durante unos segundos fatales, angustiosos e interminables, me pareció que yo era una estatua. Supe que no llegaría a moverme a tiempo. Iba a ser una presa fácil para aquel ser de pesadilla que se abalanzaba aullando sobre mí.

Mis músculos vibraron de pronto.

En el último instante logré desviarme.

Fue una simple reacción nerviosa lo que me salvó. Caí al suelo y di dos vueltas por él girando sobre mí misma.

El monstruo pareció desorientado durante unos segundos. Respiraba fatigosamente y yo sentía su aliento en la cara.

Se volvió y me miró.

En sus ojos había un fulgor satánico. Me miraba como una hiena debe mirar al cachorrillo que se dispone a devorar. Un oscuro instinto, un inexorable mandato superior, la obligaba a convertirme en su víctima.

Saltó de nuevo sobre mí, aullando, pero en ese momento yo ya era más dueña de mis actos. Sabía que si me estaba quieta iba a sufrir una horrible muerte. De modo que volví a girar sobre mi misma y caí por un pequeño desnivel.

Aquello me dio un leve respiro.

Miré en torno mío y vi que no tenía escapatoria. A mi derecha, a mi izquierda y detrás estaban las aguas del lago. Enfrente tenía la macabra aparición cortándome el camino.

No lo pensé más. Soy una buena nadadora y quizá en el agua estuviera la salvación. No se me ocurrió pensar que tal vez el agua era precisamente el elemento natural de aquel monstruo.

Me hundí en el líquido, y como sólo llevaba ropas ligeras pude nadar enérgicamente.

Durante unos instantes no oí nada, salvo el chapoteo de mis propios brazos al cortar el agua y el ritmo irregular de mi propia respiración. Traté de serenarme.

«Estás nadando mal —pensé—. Te mueves como una principiante… A este paso te cansarás enseguida y entonces…».

No sabía adónde tenía que llegar.

¿Quizá el centro del lago? ¿En qué sitio estaba mi salvación, si por todas partes podía acecharme la muerte?

Pero lo único que yo quería ahora era alejarme lo más posible de la orilla donde se encontraba el monstruo. Y lo estaba consiguiendo.

De pronto oí aquel alarido a mi espalda. Era un alarido de triunfo.

Me volví sin dejar de nadar, y pude ver que la fantasmal aparición se hundía en las aguas. De pronto desapareció.

El silencio volvió a rodearme.

Me parecía que toda el agua estaba electrizada. Tenía los nervios a flor de piel.

Imagino que la persona que llegue a leer esto no habrá estado jamás en un río infestado de cocodrilos. Pero no le será difícil al lector imaginar lo que yo sentía en aquellos momentos si se ve a sí mismo nadando por un río sin distinguir a los cocodrilos, pero sabiendo que alguno de ellos está bajo él y que va a atacarle de un momento a otro. Eso era lo que sentía yo. La fantasmal aparición estaba bajo el agua. Debía avanzar hacia mí y me veía sin que yo pudiese verla a ella. En cualquier momento me encontraría con su cara, con sus dientes… Aquel insólito horror emergería del agua.

Las fuerzas me fallaban, pero seguí nadando. Quise respirar y estaba tan nerviosa que sólo conseguí tragar agua. El líquido me pareció caliente y viscoso.

Noté entonces que algo volaba por los aires.

Temblé. Un leve chapoteo me indicó que aquel algo acababa de caer muy cerca de mí.

Pude ver entonces que una cosa blanca y roja flotaba sobre las aguas. Hasta transcurridos unos instantes no me di cuenta de que era una cuerda de nylon trenzada con los dos colores. Seguramente era una de esas cuerdas que se emplean para remolcar coches y que bastantes conductores llevan previendo un accidente. El que me la lanzaba era un joven que estaba en la orilla.

—¡Sujétese! —gritó—. ¡Pronto!

Tendí mis brazos, pero no pude alcanzar la cuerda.

La leve corriente del lago la alejaba de mí. Era inútil tratar de alcanzarla.

—Pero ¿qué hace? ¿Por qué no nada? —gritó el joven.

En efecto, ¿por qué no nadaba? Lo que me estaba ocurriendo era sencillamente absurdo. Yo sabía nadar bien. ¿Por qué los músculos no me obedecían? ¿Por qué se me agarrotaban precisamente en este terrible instante?

Oí otra vez aquella voz:

—¡Hace un momento nadaba bien! ¡Adelante unas cuantas brazadas! ¡La cuerda está muy cerca!

—Es que no… ¡no puedo!

—¡Diablo…! No voy a tener más remedio que remojarme.

—Sálveme… ¡por favor, sáqueme de aquí…!

Seguramente mi voz era histérica. Vi que el joven dejaba caer la cuerda.

—¡Bueno, allá voy…!

Se lanzó ágilmente. Era un buen nadador, y en unos instantes estuvo junto a mí.

Sólo al verle me sentí más tranquila. Era joven y fuerte.

El silencio nos envolvía. Oía su voz con perfecta claridad:

—Pero ¿qué diablos le ocurre? ¿Se ha caído al agua?

—Me he… tirado yo misma.

—Pero ¿por qué? No trataría de suicidarse, ¿eh?

—Trataba de salvarme —dije.

—¿De qué?

—¿No ha oído los gritos?

—No he oído nada… Claro que el motor del coche que llevo hace un ruido infernal.

Nadábamos en círculo y poco a poco para poder hablarnos. Pero yo me sentía cada vez más intranquila. El agua parecía electrizada.

—Por favor, sáqueme de aquí…

—Me temo que no pueda. Nunca me han enseñado a remolcar a una persona en el agua.

—Bastará con que me acompañe. Por favor, no se aleje de mí. Iremos hacia la orilla.

—Claro que sí… Como guste.

Empezamos a nadar poco a poco. Un miedo atroz me dominaba. No había vuelto a ver ningún rastro del monstruo, pero sabía que debía estar allí, bajo las aguas, quizá mirándonos. Cuanto más cerca estábamos de la orilla, más miedo tenía. La inminencia de la salvación me hacía aún más insoportable pensar en la proximidad de la muerte.

Pero al fin mis esperanzas se vieron realizadas. Mis pies tocaron tierra. Estaba prácticamente en la orilla.

El joven que me seguía, hizo un gesto y volvió, para atrás.

—¡Eh! Pero ¿qué le ocurre? —gemí.

—La cuerda…

—¿Qué pasa con ella?

—¡El agua se la lleva, diablos! ¡Y vale bastante dinero! Es de un trenzado especial.

—¡Por favor, no vaya a recogerla! ¡Yo le pagaré una igual!

—¡Pero si ya la tengo!

En efecto ya la sostenía entre sus dedos. Me miró riendo mientras se disponía a volver.

Y fue entonces cuando ocurrió aquella cosa horrible, aquella cosa sin nombre.

El monstruo surgió de pronto de las aguas, junto al joven, lanzando un espantoso chillido. Lo primero que yo vi fueron sus cabellos blancos, que se le habían pegado a la cara. Y lo segundo sus dientes larguísimos, sus dientes de lobo que buscaban la garganta de su víctima.

El hombre que acababa de salvarme quedó tan asustado que no tuvo fuerzas ni para gritar.

Bruscamente una garra se hundió en su cuello. Noté que lo empujaban hacia abajo.

Su cabeza desapareció. Sólo quedó emergiendo la del monstruo, con sus cabellos blancos brillando a la luz de la luna.

Luego aquella cabeza también desapareció. Y noté que bajo el agua sus dientes se clavaban en algo.

Bruscamente el lago se tiñó de sangre.

Era una mancha roja, espantosa, que crecía por segundos.

Me pareció que todo el lago era sangre. Que todo él era una sucia y viscosa muerte.

Creo que grité. De mi garganta debió escapar un alarido que llenó la noche.

Y luego debí perder el sentido. Lo único que recuerdo fue que todos los árboles, que el mundo entero daba vueltas en torno mío vertiginosamente.

CAPÍTULO VII

Yo, Miles Stuart, sucio policía de la sucia plantilla de Baton Rouge, quedé aterrorizado al leer aquel relato. No creo que les pueda extrañar a ninguno de ustedes. Ésta es mi historia y yo era el que la vivía, yo era el que estaba metido en aquella especie de pesadilla, por lo cual no sé hasta qué punto ustedes habrán podido acompañarme en ella. Pero creo que habrán podido entenderme y que se harán cargo de que entonces yo sentía un frío de hielo hasta la médula de los huesos.

Quizá eso no me hubiera afectado en exceso tratándose de otra mujer. Pero tratándose de Nora Riley, era distinto. Nora Riley significaba para mí tantas cosas, aunque no hubiera cambiado más que un par de palabras con ella, que por unos instantes tuve la sensación de que no iba a poder resistirlo.

Alcé los ojos.

Una claridad lechosa ya se insinuaba más allá de los árboles que rodeaban el hospital. Estaba amaneciendo sobre White Lake, y era seguro que las aguas quietas del lago que se mencionaba en el escrito empezarían a despedir rayos de plata. Como un sonámbulo me levanté y fui hacia el teléfono.

El ayudante que antes me había traído café susurró:

—¿Qué le pasa, teniente?

No contesté.

Marqué un número y pedí que me pusieran con el jefe de noche de archivos de la Brigada Criminal. Un tipo con voz de sueño vino hacia el auricular y dijo no sé qué acerca de la madre de no sé quién. Pero cuando supo de qué se trataba contestó enseguida respetuosamente que lo buscaría.

Un momento después me dio los datos que acababa de pedirle:

—En efecto, señor. Por esas fechas se denunció la desaparición de un hombre como el que usted me ha descrito. Su coche fue

hallado cerca del lago, en White Lake, pero no había nadie dentro. Ni manchas de sangre, ni señales de violencia… Nada. El portamaletas estaba abierto. Había allí un gancho como los que se emplean para remolcar vehículos, pero no existía ninguna cuerda. Había desaparecido.

Tuve un leve estremecimiento que se transmitió al auricular.

Gruñí:

—¿Qué investigaciones se hicieron?

—Las de costumbre, señor. El caso está archivado. Como ese joven, al parecer, no tenía familia, se supuso que se había largado sin querer dejar rastro. Hemos sabido que tenía algunas deudas, lo cual puede ser una explicación. Al menos así consta en los datos que tengo aquí. También consta que durante varios días, se vigiló el lago por sí se había ahogado en él. Un cadáver siempre acaba saliendo a flote, y más en un sitio donde no hay rocas, ni algas ni nada que pueda inmovilizar un cuerpo.

—¿Fue rastreado el fondo?

—No, señor; al menos aquí no consta.

Dije con cansancio:

—Gracias.

Y volví a mi asiento.

Me sentía terriblemente abrumado.

Aquel relato que estaba leyendo podía haberme parecido increíble en algún momento, pero no cabía duda de que era verdad. El dato del joven desaparecido lo confirmaba.

Alguien me trajo más café.

Lo bebí de un trago sin darme cuenta.

Y encendí otro cigarrillo. Me di cuenta de que la garganta me picaba porque no tengo demasiada costumbre de fumar, pero desde que aquello empezó llevaba empalmando un cigarrillo con otro.

La luz del amanecer me envolvía y me sentí incómodo. Nunca me ha gustado la luz espectral del amanecer. Yo soy un pájaro de noche que durante el día se mete en su nido y, si puede, duerme.

El director de la clínica vino entonces.

—Oiga, Stuart…

—¿Qué hay?

—Mi colega, el doctor Riley, se ha recuperado hace rato. Pide volver a su habitación, pero yo le tengo engañado diciéndole que

aún está débil. De todos modos convendrá que aligeren el registro si esperan sacar algo de aquí. El hospital está lleno y convendrá que Riley vuelva a su habitación antes del mediodía.

—Comprendo. ¿Ya se le puede interrogar?

—No me parece aconsejable, porque está muy abatido. Parece que lamente no haber muerto de una vez.

—Infiernos…

—Ya sabe que estuvo a punto de quitarse la vida. Se tragó tantas pastillas para dormir que lo extraño es que no esté durmiendo el sueño eterno entre las cuatro tablas de un ataúd de lujo.

—Sí, ya sabía todo eso —dije roncamente—. ¿Cuándo le parece que ese hombre podrá ser interrogado?

—Hacia el mediodía… Pero, por Dios, trátenlo con guante blanco. Es un hombre de gran valía, que podía haberse convertido en una eminencia mundial si se lo hubiera propuesto. Además…

Vaciló. Yo le miré interrogativamente.

—¿Además qué…? —dije.

—He hablado un rato con él. Insiste en que es verdad lo de la aparición, ¿sabe? Pero se niega a darme detalles y asegura que nada tiene que ver con sus experiencias científicas.

Yo guardé silencio. Oculté que los datos obtenidos en el diario de Nora concordaban exactamente con la espantosa visión a que se había enfrentado la enfermera poco después de las dos de la madrugada. Por el momento había de guardar los datos para mí, puesto que no sabía aún qué terreno pisaba.

Hice una seña a los técnicos, que en realidad ya habían terminado su trabajo. Los dos patrulleros que guardaban la entrada también me miraron.

—¿Sí, teniente? —preguntó uno de ellos.

—Larguémonos.

—¿Ya no hay nada más que buscar aquí?

—No encontraremos ni una colilla que no haya sido revisada ya. Vamos.

Salimos cuando unas ráfagas de viento casi helado llegaban de la zona de los lagos. El clima de Louisiana, generalmente cálido, tiene a veces bromas que no se comprenden. Me subí las solapas de la americana y entré en el coche que me había traído hasta allí.

Vi cómo se difuminaban las luces del hospital. Debían ser las

seis y media cuando pedí que me dejaran en Grand Chenier, en un cafetucho para camioneros madrugadores y golfillas retrasadas que acababa de abrir en aquel momento.

Me senté en un rincón, cerca de una de las lámparas, y me froté los ojos que ya empezaban a estar castigados por la noche de insomnio. A continuación me puse a leer lo que quedaba del diario de Nora Riley.

Todo lo que voy a contarles estaba allí. Letra por letra. La historia continuaba a partir del momento en que ella entró definitivamente en el reino de los muertos.

A partir del momento en que vio desaparecer al joven en el fondo de las aguas y supo que *aquello* existía.

CAPÍTULO VIII

Cuando recobré el conocimiento —seguía diciendo Nora— me encontré de nuevo en la casa de tío Riley. Por lo visto él me había seguido, o quizá oyó alguno de mis gritos. El caso era que me tenía extendida en una mesa. Me había quitado parte de las ropas empapadas, poniéndome, una manta encima. Tosí al sentir en mi garganta el contacto ardiente del licor.

—Bebe…, bebe un poco más.

Me puse a toser como una condenada, pero no me sentía a disgusto, porque al fin y al cabo la tos es una manifestación de vida. Las cosas podían haber ido mucho peor.

Tío Riley me dio unos golpes en la espalda, para ayudarme a recobrar el aliento.

—De modo que has caído al lago, ¿eh?

—Tío Riley… He visto… un monstruo.

—¿Un monstruo? ¿Quién era?

—Mónica…

Lo dije con voz ahogada, sintiéndome, estremecer al sólo recuerdo de lo que había sucedido.

Tío Riley se tomó las cosas con más calma de lo que yo esperaba.

—¿Mónica? —susurró—. ¿Cómo puedes decir que es ella? ¡Si tú no la has visto nunca!

—Sé que era ella.

—¿Por qué?

—Vi el retrato de su madre y se parecían muchísimo.

—Te creería con gusto, pero debes comprender que todo eso es una alucinación. Mónica marchó. Ya te lo dije. Nadie sabe si está viva o muerta.

—Está viva. Y cerca de aquí.

—¿Sabes lo que dices?

—La vi en Grand Chenier. En una tienda.

—Bueno —tío Riley se encogió de hombros—. Eso es normal, después de todo. Nadie puede impedir que viva allí.

—Es que…

Me mordí los labios.

—¿Qué?

—En esa tienda me dijeron que Mónica no estaba allí. Más o menos que no existía.

Como imaginaba, tío Riley empezó a mirarme a partir de aquel momento igual que si yo no fuese normal. Me dio a beber más licor y dijo que llamaría al médico.

Pese a ser un famoso doctor, tío Riley no entendía de afecciones nerviosas. El médico que vino a la mañana siguiente, en cambio, parecía haberse pasado la vida entera entre locos. Tenía más tics que todos los que pueden reunirse en un manicomio. Me estuvo examinando y al fin decidió que yo debía haber tomado alguna droga alucinógena.

—Pero… ¡pero eso es absurdo! —balbucí.

—¿No ha probado el LSD? —me preguntó—. En Baton Rouge, como en otros lugares, hay jóvenes que lo toman como si fueran aspirinas, creyendo que es inofensivo.

—No. Jamás cometeré esas tonterías.

Noté que no me creía.

—Bueno, bueno, pequeña… De todos modos descanse. No salga durante un par de días de su habitación, ¿eh? Le conviene.

—Necesito hablar con la policía. He de ver al *sheriff* del condado cuanto antes.

—Claro que sí, pequeña… Ahora, enseguida, voy a verle. Le diré que debe venir cuanto antes.

Me mintió.

Era evidente que no me creía y que no pensaba dar un paso para llamar al *sheriff*.

Yo esperé inútilmente hasta llegar la noche. Entonces el miedo volvió a mí y me alegré de que me hubieran ordenado no salir de la habitación. Allí, al menos, me sentía segura.

Las sombras lo iban envolviendo todo.

No había comido nada en horas y horas y me sentí débil, pero no pensaba en eso. El miedo era lo único que contaba para mí. Al

fin oí unos pequeños golpecitos.

—¿Quién llama?

—Buenas noches, señorita Nora. Soy la señora Porter.

Me levanté y fui a abrir. Vivía encerrada en mi habitación, con dos vueltas de llave por dentro.

Los ojos enigmáticos de la señora Porter relampaguearon desde la oscuridad. Empujaba un carrito en el cual había una cena fría que despedía, un apetitoso aroma. Pero yo no me fijé en eso, sino en su mano enguantada de negro, de la cual no me había vuelto a acordar.

—Tiene que comer algo, señorita Nora.

—Se lo agradezco… Déjelo ahí.

—Lo ha preparado Peter, mi marido. ¿Sabe que fue cocinero en un barco?

—No, no lo sabía.

—En los barcos de pasajeros se suele comer muy bien y los cocineros acostumbran a ser competentes profesionales. Lástima que Peter no haya servido nunca más que para eso. Por lo demás es un cerdo.

A mí no me interesaban los problemas del ama de llaves y su marido, de modo que la dejé desahogarse. Mientras lo hacía, bebí un sorbo de vino para animarme.

Cuando ella ya estaba en la puerta pregunté:

—Señora Porter, ¿puede decirme una cosa?

—Desde luego. La que quiera.

—No se ofenda, y si no quiere no me conteste.

Ella se estiró un poco.

—No veo que por una pregunta haya de ofenderme —dijo con severa dignidad.

—¿Por qué lleva enguantada la mano derecha?

Se estremeció.

—Creí que lo sabía —dijo al cabo de unos instantes, desviando la mirada.

—¿Saberlo? ¿Por qué?

—Pensé que su tío se lo habría dicho.

—No, no me ha contado nada… Pero ¿qué tiene mi tío que ver con todo esto?

—Lo hizo él.

—¿Qué fue lo que hizo?

—Yo perdí una mano en un accidente, y él me aplicó otra, uniéndome los músculos y los nervios. Esta mano que llevo es la de otra persona. Quizá le convenga saber de una vez para siempre que es la mano de un muerto.

CAPÍTULO IX

El horror parecía envolver la casa entera. A mí me parecía que estaba flotando sobre el aire de una isla llena de fantasmas. A veces hasta me costaba respirar.

No había probado un solo bocado de la cena.

La sola idea de que la señora Porter pudiera haberla tocado con su mano derecha me desquiciaba los nervios.

La noche había cerrado ya por completo y la casa estaba envuelta en silencio.

Pensé que aquello no podía seguir así. Tenía que armarme de valor y avisar al *sheriff*. Era indispensable que dragasen el lago. El cadáver del joven que me había salvado la vida aún debía estar allí.

Para ir animándome a mí misma, me puse a escribir mis impresiones en este libro, anotándolo todo con el mayor cuidado y como si lo volviese a vivir. Luego resolví buscar un teléfono.

No lo había en mi habitación, pero sí en la biblioteca, que era al mismo tiempo despacho del tío Riley.

Por un momento pensé en pedir a éste que fuera él quien llamase al *sheriff*. Me disgustaba hacer una cosa a espaldas suyas. Pero era evidente que no me creería y terminaría enviándome de nuevo a la cama, quizá dándome un somnífero, con lo cual quedaría indefensa a merced de la mujer del lago.

Sólo recordarla me daba escalofríos.

Pensaba que ella podría entrar tranquilamente en la casa y llegar hasta mi habitación, por muy bien que la hubiese cerrado con dos vueltas de llave.

Salí de nuevo al pasillo.

Todo me recordaba la noche anterior, cuando me atreví a llegar hasta el lago y me enfrenté con un horror cuya existencia no hubiera imaginado nunca.

Me parecía que todas las puertas crujían.

Era como si cien ojos misteriosos siguieran mis pasos, el menor de mis movimientos.

Al fin entré en la biblioteca.

El teléfono recibía la luz de la luna. Me parecía un objeto irreal que yo no llegaría a alcanzar nunca. Avancé hacia él paso a paso.

La mano me temblaba.

Lo descolgué y marqué el número correspondiente a la oficina de información. Desde allí podrían comunicarme directamente con la policía.

Me pareció que el ruido del disco al girar llenaba toda la casa. Pero aquello era absurdo. En realidad sólo lo oía yo.

Una voz armoniosa preguntó:

—Información. ¿Dígame?

—Oiga… Señorita…

—Sí, diga.

Fui a decir aquello tan sencillo. Aquello que, sin embargo, me costaba tanto esfuerzo.

Pero no pude.

Porque en aquel momento algo se posó sobre la horquilla, cortando la comunicación.

Miré y creo que lancé un inhumano, un espantoso alarido de horror. Porque lo que tenía frente a mí no era una mano humana. Era una zarpa.

CAPÍTULO X

Miré aterrorizada aquella extremidad que hubiera debido conocer bien, porque la había visto en otras ocasiones, aunque era la primera vez que la tenía delante de los ojos sin llevar guante puesto.

Conocí entonces el horrible secreto de la señora Porter. Vi que su mano derecha era apenas una forma confusa (parecida a la palma de una mano) y de ella partían largas uñas, parecidas a las de un tigre.

No tuve fuerzas ni para gritar de nuevo. Quedé aterrorizada, apoyada en la pared, tan quieta como un pajarillo hipnotizado por una serpiente.

El rostro de la señora Porter había cambiado también. De pronto ya no parecía un rostro humano.

Sus ojos se habían hecho grandes, profundos y odiosos. Su boca estaba entreabierta en una mueca indefinible. El color de su tez me parecía gris como el de una muerta.

Con la mano izquierda colgó el teléfono.

La derecha, aquella zarpa repulsiva, voló hacia mi garganta. Durante unas décimas de segundo interminables no supe ni siquiera que bailaba entre la vida y la muerte, no supe qué hacer.

Pero mi instinto venció al fin. Aparté la cabeza cuando ya tenía las uñas encima.

Soy muy joven y muy ágil; eso fue lo que me salvó. Las uñas arañaron salvajemente la pared. Mi cuello, que era lo que pretendían rasgar, ya no estaba en el mismo sitio.

La señora Porter lanzó una imprecación.

Su garganta parecía incapaz de emitir sonidos humanos.

Trató de sujetarme con la mano izquierda, mientras levantaba la derecha de nuevo, pero no lo consiguió.

Me escabullí dando un ágil salto. Tropecé con una butaca,

resbalé y caí a tierra. Vi aquella silueta negra que avanzaba hacia mí emitiendo sonidos ininteligibles.

No se distinguían los objetos apenas. Sólo la luz de la luna penetrando por los ventanales, alumbraba levemente aquella escena de pesadilla.

Me arrastré por el suelo.

Confiaba en que aquella mujer diabólica, cuyas uñas parecían de tigre, no llegaría a verme. La oscuridad era lo único que me favorecía ahora.

Traté de ganar la puerta.

De pronto la distinguí casi encima de mi cabeza. Se había subido a una de las mesas para otear mejor. Lanzó un grito gutural y vino hacia mí moviendo sus faldas negras como un enorme vampiro movería sus alas.

Tuve el tiempo justo para inclinar sobre mi cuerpo una de las butacas, cubriéndome. La diabólica mujer resbaló sobre ella y cayó estrepitosamente. La vi patinar sobre la pulida superficie del *parquet* hasta que chocó con una puerta.

Durante unos instantes pareció quedar aturdida y yo comprendí que aquélla era mi oportunidad.

Corrí hacia la salida de la biblioteca.

Toda la casa estaba casi sumida en sombras. Los largos pasillos parecían oscilar ante mis ojos, inclinándose a derecha e izquierda. Era como en esas películas en que la cámara parece volverse loca y enfoca ángulos absurdos. Mis propias pisadas me parecían las de alguien que me estuviera persiguiendo.

Volví la cabeza. Vi la silueta negra al fondo del pasillo.

La señora Porter no había perdido el conocimiento. Estaba detrás de mí, a pocos pasos.

Comprendí que tenía que defenderme.

No lograría escapar esta vez. Además ella, conocía la casa mucho mejor que yo.

Mis ojos se posaron entonces en una panoplia con armas que adornaba el pasillo. Había allí una espada, dos puñales y un hacha. Elegí esta última.

La descolgué sin vacilar y me planté en medio del pasillo.

Mis dientes rechinaban. El propio miedo que sentía me daba una decisión que en realidad estaba bien lejos de tener.

La señora Porter avanzó hacia mí.

Se detuvo a unos tres pasos fuera del alcance del hacha. Parecía reflexionar. Sus ojillos me miraban brillantes, como los de una fiera que vacila.

Así estuvimos no sabría decir cuánto tiempo, envueltas por un insoportable silencio.

La situación se me hacía irresistible. Noté que mis nervios iban a fallar y que me iba a poner a lanzar gritos. Entonces estaría perdida.

Ataqué.

Alcé el hacha sobre mi cabeza y traté de hundir su hoja en el cráneo de aquella diabólica mujer. Pero era más ágil de lo que yo imaginaba y hasta parecía experta en aquella clase de situaciones. Supo ladearse a tiempo.

La hoja del hacha se clavó en el *parquet* del suelo.

Intenté desclavarla, pero estaba profundamente hundida. Caso de haber encontrado en mi camino el cráneo de la señora Porter, ésta ya no existiría.

Ella alzó entonces una pierna y me clavó en el estómago la punta de uno de sus afilados zapatos. Si hubiese estado acostumbrada a aquellos golpes no lo habría notado demasiado, pero era la primera vez que recibía uno de ellos y vacilé. Las manos de mi enemiga asieron entonces el mango del hacha.

Desde la posición donde se encontraba le fue más fácil desclavarla, simplemente tirando del mango hacia ella. La alzó sobre su cabeza y me acometió rabiosamente.

El arma se había vuelto contra mí. Ahora era yo la que tenía que intentar escapar, so pena de morir decapitada.

Pude saltar hacia atrás. Vi la masa de acero volar hacia mí como una exhalación. Casi me rozó la cara y se hundió en una de las paredes.

El golpe pareció hacer retemblar la casa entera.

No podía esperar que aquello se repitiese. Giré sobre mí misma y eché a correr alocadamente otra vez. Las puertas parecían bailar ante mis ojos. De pronto me encontré al final del pasillo, ante una hoja de madera que me puse a golpear rabiosamente con los puños.

Ésta se abrió. Seguí golpeando desesperadamente al hombre que ahora estaba frente a mí, sin darme cuenta de que era tío Riley. Mi garganta rompía en sollozos.

—Pero ¿qué te ocurre? ¿Estás loca? ¿Qué pasa?

Señalé hacia atrás, sin fuerzas para decir una sola palabra.

Pero la señora Porter ya no estaba allí. No se veía más que el pasillo, vacío, cargado de sombras.

—Pero ¿qué te sucede? —repitió.

Yo ya no tenía fuerzas para hablar de nuevo. Me apoyé en él. Entonces me apretó con más fuerza en sus brazos y cerró la puerta.

Estábamos en un anexo de su laboratorio, una habitación llena de aparatos electrónicos y de gráficos estadísticos que llenaban las paredes. Me hizo sentarme y esperó a que yo me calmara.

Al cabo de unos minutos, cuando notó que mi respiración se iba haciendo más regular, dijo:

—No tienes nada que temer. Aquí estás a salvo.

Asentí silenciosamente.

—¿No me cuentas lo que ha ocurrido? —invitó.

Me costaba trabajo hablar, pero lo hice. Era necesario que él lo supiese todo. Narré lo sucedido desde que yo entré en aquella casa, terminando con el inesperado y terrible ataque de la señora Porter.

Mi voz temblaba. Él me escuchaba en silencio.

Su rostro iba cambiando de color, y yo advertí en él los síntomas de un desaliento profundo, más fuerte que sí mismo.

—Lo más terrible —balbucí— es… es esa mano de la señora Porter. No tiene nada de humana. Parece como si le hubieran injertado la zarpa de una fiera…

Él se estremeció.

Dio la sensación de que yo había pronunciado las palabras decisivas, las que él nunca hubiera deseado oír.

—Temía que eso sucediera —murmuró—. No podrás comprenderlo, pero muchas cosas se derrumban para mí esta noche.

—Tú lo sabías —acusé.

—Claro que sí. Lo hice yo.

—¿Qué fue lo que hiciste?

—La señora Porter había perdido una mano en un accidente. Se la cortó de raíz. Yo se la quise ligar, pero fue inútil.

Le miré en silencio.

Con voz opaca prosiguió:

—Sólo pude salvar una parte de la palma de aquella mano. El resto la formé a base de la zarpa de un puma joven que compré en

un circo.

Me estremecí.

—Eso no tiene sentido.

—No lo tendrá para ti, pero para mí era de una decisiva importancia.

—No puedo entenderte —balbucí—. O quizá es que me resisto a hacerlo. Lo que dices es… monstruoso.

—Se trataba de una simple experiencia científica.

—Te equivocas. Se trataba de algo… que no tiene nombre.

Tío Riley hundió los hombros.

Parecía más cansado, más abatido cada vez. De pronto noté que se había hecho viejo y que se parecía a mi padre. Mi padre también adoptaba aquella actitud abatida cuando mamá le decía que su sueldo no iba a alcanzar hasta final de mes. Fue eso lo que me hizo mirar de una manera distinta a tío Riley. Lo que me hizo sentir compasión de él.

—Por favor —susurré—. Explícame.

—Lo primero que debo decirte es que yo soy un científico —murmuró al cabo de unos instantes, con voz débil—. Es decir, las leyes que son sagradas para otros hombres no lo son necesariamente para mí. ¿Tú sabes que una persona rechaza los injertos de otro ser vivo, aunque sean injertos procedentes de su hermano gemelo? Las partes injertadas no se amoldan al nuevo organismo y no se desarrollan. Sin embargo, yo he logrado grandes avances en esa materia que puede llegar a revolucionar la Medicina. No creas que ha sido fácil.

—Me hago cargo —musité—. Nada es fácil en este mundo.

—La señora Porter odia a su marido —continuó—. Quería asustarle, quería someterlo a la ley del terror.

Pensó que tener una zarpa de puma sería un suplicio terrible para él. Y que incluso algún día podría acabar con él simulando un accidente. El odio es uno de los elementos fundamentales en la vida de esa mujer.

—Pero ¿tú sabías que ella tenía esos pensamientos?

—No. No lo supe hasta después. Al principio sólo me interesó saber que ella accedía al trasplante de órganos.

—Y su mano quedó de ese modo…

—Repito que fue con su consentimiento.

—Pero ahora, ¿por qué ha tratado de matarme?

Él hizo un gesto de desaliento.

—La señora Porter, pese a su edad, está enamorada de mí. Dice que en parte ella es obra mía. Me admira más como científico que como hombre, pero eso no impide que le irrite el que cualquier otra mujer se acerque a mí.

—Pero ¿eso que tiene que ver conmigo? Yo, para ti, no soy una mujer.

—Es que ella no cree que seas mi sobrina.

Me llevó una mano a la boca. Bruscamente la situación me dolió como un pinchazo.

—¿Qué piensas hacer? —murmuré al cabo de unos instantes.

—No lo sé. Esa pobre mujer es más digna de compasión que de cualquier otra cosa.

—Pero…

De repente un pensamiento terrible había acudido a mi cerebro. Era un pensamiento en el que no quería ni creer.

Pero con voz ronca balbucí:

—Tío Riley…

—¿Qué?

—La mujer del lago existe.

Creí que iba a negarlo, que iba a enfadarse incluso. Pero ante mi sorpresa asintió silenciosamente.

—Existe —susurró.

—Y es… Mónica.

—Sí.

—Pero ¿cómo puede vivir bajo el agua?

—Puede tener una vida anfibia. Uno de sus pulmones funciona como las branquias de un pez. También fue un injerto.

—¿Hasta qué monstruosidades has llegado? —balbucí sin fuerzas.

—Era la experiencia más interesante de mi vida. Ya te he dicho que la moral burguesa, la moral de los demás hombres, no rige para los científicos como yo.

—¿Y… los pies de Mónica?

—¿Los has visto?

—Me ha parecido verlos. No sabría describírtelos ahora, pero sé que no son humanos.

Él reconoció llanamente:

—Son los de un simio.

Me llevé la mano a la boca y solamente pude balbucir, con un soplo de voz:

—Dios mío…

—No debes juzgarme a la ligera, Nora.

—No me dirás que…, no me dirás que obtuviste también el consentimiento de esa mujer…

—No, eso no era posible.

—¿Por qué?

—¡Porque Mónica estaba muerta!

Me estremecí.

Un frío ramalazo de horror recorrió todo mi cuerpo.

De pronto me pareció irlo viendo todo claro, irlo viendo iluminado por una claridad siniestra.

—¿Le mató la señora Porter? —susurré.

—Sí.

—¿También sentía celos?

—Sí.

El frío del horror llegaba a mis manos. Me había dejado yerta.

—¿Y tú no la denunciaste a la policía?

—Lo primero que intenté hacer fue salvar a Mónica. Ya te he dicho dos veces que no hay razón para que yo obre igual que lo haría un tendero. Disponía de materiales suficientes para reconstruirla. Estaba destrozada y su corazón ya no latía, o sea que oficial y científicamente, había muerto. Ahora bien, su cerebro no había sido dañado aún. Conseguí reavivar los latidos mediante corrientes eléctricas y trabajé como no lo había hecho en mi vida. Tenía la sensación de que manipulaba sobre una muerta, o sea que ningún prejuicio o consideración me impedía hacer lo que quisiera. Estaba seguro de que Mónica no viviría después de aquello, y por eso me atreví a todo. Pero ante mi sorpresa, Mónica vivió. Fue la cosa más científicamente absurda con que me he encontrado en mi vida.

Seguía estando muy abatido, y su voz era débil. Sin mirarme continuaba:

—Aquel extraño y monstruoso ser que ahora era Mónica, seguía siendo ella misma, según confiaba yo. Es decir, sus recuerdos, sus

sentimientos, serían los de antes. Pero en eso me equivoqué lastimosamente.

—¿Qué quieres decir?

—Su cerebro no era el mismo. Quizá por la falta de riego sanguíneo, estaba alterado totalmente. Me di cuenta de que su mirada era como la de un animal. Una noche muy poco después de que aquello sucediera, huyó hacia el lago.

—Y sigue allí —murmuré con voz ahogada.

—Sí, pero eso no lo he dicho a nadie. Confiaba en que Mónica se extinguiría por sí misma. No ha sido así, y al contrario, cada vez parece tener mayor vitalidad. Imagino que se alimenta de pescado crudo, como si ella misma fuera, efectivamente, un pez de gran tamaño. Hasta ahora no ha intentado nada fuera de los alrededores del lago, pero…

Parecía no atreverse a continuar. Su voz quedó flotando en el aire.

—Pero… —balbucí.

Y de pronto exclamé, no pudiendo contenerme más:

—¿Crees que se atreverá a llegar hasta la casa?

—Es muy posible. Conoce bien el camino y puede vivir fuera del agua gracias a que tiene branquias como un pez y un pulmón como las personas normales. Se fatiga mucho, pero eso no tiene demasiada importancia para ella. Conoce la casa incluso mejor que yo. En realidad es posible que un día la encuentres en uno de esos pasillos.

Me estremecí de horror.

La sangre se me había helado materialmente en las venas.

Pero mi cerebro aún funcionaba y encontraba algunas contradicciones en todo aquello. Por eso murmuré:

—Tú me dijiste que la señora Porter había sustituido a Mónica, y sin embargo, de tu relato parece deducirse que había convivido aquí, ya que una llegó a sentir celos de la otra.

—Quizá no me expliqué bien. Te dije que la había sustituido en el cargo de ama de llaves, pero eso no significa que entrara en la casa entonces. La señora Porter ingresó como sirvienta de rango inferior. Luego se fueron complicando las cosas del modo que te acabo de contar.

—¿Pero cómo es posible que yo creyese ver a Mónica en una

pequeña tienda de Grand Chenier? —balbucí.

—Eso no me lo explico. Creo que debiste sufrir una confusión, puesto que Mónica se halla en el lago.

Apreté los puños y murmuré, tomando una decisión:

—Todo eso debes contárselo a la policía.

—¿Y qué obtendría con ello?

—En primer lugar, quizá la salvación de un pobre ser torturado.

—¿Te refieres a Mónica? Ni pienses siquiera en ello. Nadie puede cambiar lo hecho.

—Pero está la señora Porter. ¡Y ella es una asesina!

—Tampoco remediaría nada haciendo que la metieran en la cárcel. Y el perjuicio que yo sufriría sería terrible, al divulgarse mis experimentos antes de estar concluidos. Muchos desaprensivos se aprovecharían de ello. Creo que, en realidad, sólo tengo una solución, Nora.

—¿Cuál?

—He pensado mucho en ello. No creas que las noches son apacibles para mí. Si trabajo y trabajo sin descanso, es precisamente para tener la mente ocupada en algo que no sean mis recuerdos. Te llamé a ti a mi lado pensando que quizá podrías aconsejarme, porque eras al fin y al cabo, una persona que venía del exterior y que no estaba influenciada por ese clima de pesadilla. Pero veo que tú también corres peligro. Esto…, no tiene remedio.

—Pero ¿qué es lo que has pensado? —susurré.

—Acabaré con todos mis problemas levantándome la tapa de los sesos.

—Eso es absurdo y, además…, una cobardía.

—No veo otra solución.

—La hay. Cuéntaselo todo a la policía —dije secamente.

Él se llevó las manos a los ojos.

Su gesto, su expresión, eran patéticos.

—No hay otra salida, Nora —balbució—. Sé que pronto acabaré con todo. Que me bastará mover un dedo para que mis pesadillas acaben para siempre.

Me estremecí convulsivamente.

Porque supe que tío Riley decía la verdad.

CAPÍTULO XI

Y aquí terminaba el relato de Nora.

Cuando dejé de leer, el sol ya estaba alto y las calles empezaban a animarse. Teóricamente hubiera debido pasar poco tiempo en aquella lectura, porque el relato no era largo. Pero yo había pasado varias veces la mirada por los mismos párrafos y había anotado algunos datos, comprobando si concordaban con lo que yo sabía. Eso me ocupó más tiempo del que había sospechado.

Los camioneros ya se habían ido. Sus pesados trastos rugían por las autopistas de Louisiana en dirección norte. También se habían ido las damiselas nocturnas que aquella noche no habían hecho ningún negocio. Su lugar había sido ocupado por mujeres de faenas que iban a limpiar las oficinas y por algunos capataces de obras que tenían que preparar el trabajo de la mañana en que estábamos entrando.

Me puse en pie, aboné lo que había consumido y salí. El viento fresco me dio en la cara. Por unos instantes me pareció increíble que aquel mundo fantasmal, alucinante que Nora Riley había descrito en sus apuntes pudiera existir al lado de este otro mundo rutinario y aburrido —el mundo del trabajo de todos los días— en que yo me encontraba ahora. ¿Pero no viven algunas personas con el corazón y los riñones de otras? ¿Por qué aquel mundo siniestro del doctor Riley no podía ser una realidad?

Además ya me había dado cuenta de que todos los datos esenciales concordaban. Por lo tanto no tenía derecho a dudar de lo escrito por Nora.

Y decidí ir a verla.

Lo que ya sabía era suficiente no sólo para detener a la señora Porter, sino para evitar que a la muchacha le ocurriese algo terrible. En consecuencia decidí no perder tiempo.

Un coche en el que iba el patrullero McKay me esperaba. McKay

era un tipo que siempre me tenía localizado y sabía dónde encontrarme. De estar yo casado, me habría sido imposible engañar a mi mujer estando aquel tipo de por medio.

Sonrió al verme.

—¿Cansado, teniente?

—Hay momentos en que el cansancio no importa, McKay. Y vamos a ir urgentemente a un sitio.

—¿Adónde?

—A la casa del doctor Riley, en White Lake. Pero no te detengas ante la puerta ni permitas que nos vean, porque ésta no es una visita oficial. Me colaré de rondón sin que nadie se dé cuenta.

—¿Sin mandamiento judicial?

—Sin mandamiento de narices.

McKay se encogió de hombros, pensando que el que se metía en un lío era yo, al fin y al cabo, y me condujo hacia White Lake. He de reconocer que a la luz del día todo aquello no resultaba siniestro en absoluto, y en cambio me parecía incomparablemente hermoso. Comprendía muy bien que en verano llegaran centenares de turistas a White Lake. Y por un momento me volvió a parecer increíble la existencia de aquel mundo alucinante que me había descrito Nora Riley.

El coche bordeó el lago.

Luego McKay lo detuvo en una zona de espesura.

—¿Le parece bien aquí, teniente?

Comprobé que el patrullero no podía verse desde la casa e hice un gesto de asentimiento. Descendí y avancé a través de la compacta vegetación que rodeaba el lago, en una de las zonas de Lousiana que aún no han sido dañadas por las urbanizaciones ni por los *campings*. Todo estaba allí como cuando los indios semínolas y otras tribus vivían en torno a los lagos. Todo menos la casa.

La miré a cierta distancia.

Vista a la luz del día, la residencia del doctor Riley no me pareció tan siniestra. Era grande, eso sí, e imagino que a la luz de la luna todo aquello debía variar completamente. Numerosas ventanas cerradas indicaban que había otras tantas habitaciones por habitar, lo cual significaba que, durante la noche, en cualquiera de aquellos largos pasillos solitarios podía acechar la muerte.

No aprecié ningún movimiento en la casa, pero de todos modos

no me atreví a entrar. Si me veían perdería todas las posibilidades de investigar por mi cuenta. En consecuencia volví junto a McKay, le dije que íbamos a tener que esperar y me senté de nuevo en el coche. Por turnos íbamos vigilando con prismáticos lo que ocurría en la casa, pero lo cierto —y debo confesarlo para vergüenza mía— fue que al cabo de media hora me quedé dormido.

Estando de pie hubiese aguantado bien, pero se estaba demasiado cómodo en el coche para mantenerse uno despierto. Cuando me recuperé pude notar que el sol empezaba a declinar un poco, lo cual indicaba que habíamos dejado atrás el mediodía. McKay, que había dormido muy bien la noche anterior, seguía vigilando la casa con sus prismáticos. Me dedicó desde el asiento delantero una sonrisa socarrona.

Yo hice crujir mis nudillos.

—Perdón, McKay —dije—. Estaba demasiado cansado.

—No se preocupe, teniente. Es mejor que haya descansado porque así ha recuperado energías. Algo me dice que esta noche también se la va a pasar en vela.

—¿Ha ocurrido algo?

—No, nada. No se aprecia el menor movimiento en torno a la casa.

—¿Pero hay alguien dentro?

—Sí, porque algunas ventanas se han abierto y se han cerrado más tarde.

—¿Pueden saber que estamos aquí?

—No, porque para eso tendrían que acercarse. Desde la casa somos completamente invisibles.

Miré mi reloj.

Las tres de la tarde.

En otoño oscurece pronto en Louisiana, de modo que disponía más o menos de tres horas de luz para investigar dentro de la casa. Sin dar ninguna instrucción especial a McKay me deslicé de nuevo entre la espesura.

Más tarde me arrepentiría de ello. Tenía que haber dicho a McKay que no se moviera del coche, que no hiciese nada excepto esperar allí. Pero cuando lo comprendí ya era demasiado tarde. Cuando me di cuenta, ya había otra mancha de horror en mi destino.

* * *

Ahora ya sabía al menos que los habitantes de la casa estaban encerrados en ella, lo cual me permitía acercarme sin riesgo. Por lo tanto avancé a saltos, utilizando los menores accidentes para esconderme, hasta llegar a los muros de la casa.

Para entonces unos densos nubarrones ya habían llegado desde el horizonte. Las aguas del lago se habían vuelto siniestras. El sol estaba cubierto por una masa gris. Todo el paisaje había cambiado, adquiriendo un matiz entre sombrío y melancólico que incitaba a pensar en las visiones del Más Allá.

Una tarde brumosa puede ser tan siniestra como una noche.

Invito a cualquier lector a que lo compruebe.

A que se deje bañar por la luz gris en una vieja casa abandonada de largos pasillos y cuyas puertas crujían.

La casa ante la cual yo me encontraba no estaba abandonada, pero eso sería quizá peor aún. Porque sus habitantes, a excepción de Nora Riley, eran monstruos silenciosos que estaban acechando su oportunidad.

Forcé una ventana, lo cual no me fue difícil, y entré en el edificio. Me di cuenta enseguida de que estaba en uno de los laboratorios de John Riley.

Éste me causó una indefinible sensación de horror.

Y eso que no había ningún muerto en él.

Al contrario, todo estaba lleno de seres vivos.

Pero ¡qué seres vivos! Inmediatamente tuve la sensación alucinante, brutal, de haber puesto los pies en las fronteras del otro mundo.

CAPÍTULO XII

John Riley tenía allí al menos una docena de grandes recipientes de cristal parecidos a los de un acuario. En esos recipientes se movían tres clases de animales: peces, cangrejos y serpientes. En apariencia todo era normal, pero bastaba una mirada un poco más detenida para darse cuenta de que no. De que toda la lógica de la vida se había detenido allí para entrar en la ilógica de lo monstruoso.

En primer lugar, los cuerpos de los peces no correspondían a sus cabezas. Esto se notaba tras un examen de sólo unos instantes. Riley había hecho trasplantes increíbles con aquellos animales. A peces grandes les había aplicado una cabeza más pequeña pero de dientes más temibles, y a peces pequeños una cabeza mayor, lo que les daba un aspecto de seres absolutamente irreales, de seres del otro mundo, un mundo donde no existieran más que las pesadillas. Pero he de reconocer que el experimento, desde el punto de vista científico, tenía una especial fascinación, porque los cuerpos de los peces que habían logrado sobrevivir estaban evolucionando de modo que los de la cabeza menor habían afilado sus cuerpos hasta amoldarse al tamaño de la pieza trasplantada, mientras que los de la cabeza mayor los habían ensanchado. Eso indicaba que algunas especies no sólo pueden aceptar órganos de otras, sino que acoplan sus cuerpos al elemento nuevo, creando por decirlo así un nuevo ser. Evidentemente Riley estaba esperando a que aquellos pequeños monstruos pusieran huevos para ver qué salía de ellos. Sencillamente, Riley tenía allí una fábrica de pesadillas.

Pero lo de los peces era lo de menos.

Me fijé en los cangrejos.

Lo de los cangrejos era mucho peor, y me causó una impresión que difícilmente podré olvidar nunca. Había cangrejos de todos los tamaños, pero los de uno de los recipientes (pequeños y al parecer

voraces) habían sido armados con pinzas que no correspondían a sus cuerpos. Es decir, llevaban pinzas de animales mucho mayores. Y si a la agresividad que demostraban se unía el tamaño de sus defensas (bastante mayores que las de una langosta), se comprende que su sola visión causara cierto escalofrío.

Vi que los cangrejos se lanzaban hacia el cristal sólo verme.

Sin duda estaban excitados por el encierro. Eran peligrosos. Algunos de ellos se atacaban con terrible saña y se partían sus cuerpos de un solo golpe de pinzas.

Meter la mano allí y sacarla sin carne sería cuestión de segundos.

Respiré profundamente.

Menos mal que había un cristal protector de por medio, y ese cristal era grueso. Me alejé de allí porque sentía una especie de vértigo.

Maldije el mundo del doctor Riley.

Maldije sus experimentos. Incluso su ciencia.

No me extrañaba que todo aquello lo hubiese llevado hasta una especie de semilocura y lo hubiera puesto al borde del suicidio.

Él había dicho a Nora que sus normas no eran las mismas normas que las del resto de los seres humanos, pero me di cuenta de que el doctor Riley ya no tenía fronteras. Sencillamente era un loco.

Quizá él me hubiera contestado que la mayor parte de los grandes precursores fueron considerados locos también.

Que el astrónomo Galileo, que el médico Miguel Servet, que el químico Lavoisier sufrieron persecuciones terribles y en regímenes políticos bien distintos, lo cual indica que la humanidad siempre ha sentido una especie de inquina y de temor ante los que desbordan sus estrechos moldes.

Sí. Quizá Riley me hubiera dicho eso.

Y me hubiera citado otros nombres, hasta marearme.

Pero lo que él estaba haciendo pasaba ya de cualquier raya. Avanzando por el camino de la ciencia, había dejado muy lejos el camino del sentido común. Yo sentía vértigo y al mismo tiempo una especie de náusea.

Fui entonces hacia el gran compartimiento de cristal en que estaban las serpientes. Quizá ustedes piensen que allí mi náusea se acentuó, porque las serpientes son, con mucho, los animales más

repulsivos. Pero sucedió lo contrario. Todos los ofidios que había allí resultaban normales. No se había efectuado con ellos el menor experimento, pues sin duda Riley los guardaba para más tarde.

Perezosamente, los bichos se movieron un poco.

Pero sin mostrar ninguna intranquilidad. Por mi parte me sentía tranquilo también, puesto que ninguno de aquellos ofidios era venenoso. Algunos se escondieron en una gran masa de rocas y hierba que ocupaba un ángulo del inmenso recipiente. Quedaron materialmente ocultos allí.

Fue entonces cuando me fijé en la mayor serpiente de todas. Si no la había visto antes era porque las otras pasaban por encima y la tapaban. Incluso me podía haber parecido un tronco. Pero vi ahora que era casi monstruosa, en cuanto a amplitud, si bien su longitud debía ser sólo de unos cuatro metros. Yo no entiendo mucho de serpientes, pero me pareció una pitón. De ella sólo distinguía la mitad inferior del cuerpo, ya que toda la parte superior estaba oculta en la gran masa de piedras y hierba.

Golpeé el cristal.

Quería llamar la atención de aquel bicho.

Me interesaba saber si con aquella serpiente de enorme tamaño había realizado Riley algún trabajo, pero no pude averiguarlo. La serpiente continuó tan quieta como si no oyese nada. Incluso por un momento pensé si no estaría muerta.

Pero tenía otras cosas más importantes en que pensar.

No perdí allí más tiempo.

Ahora ya sabía a qué clase de monstruosas combinaciones científicas se entregaba el doctor Riley. También sabía que Nora no había exagerado nada. Las notas de su agenda debían ser la estricta verdad.

Salí.

O, mejor dicho, fui a salir.

¿Qué fue lo que me detuvo?

¿Qué sensación absurda tenía yo en aquel momento?

¿Cómo podía definirla?

Durante algunos instantes me mantuve quieto allí, atónito, respirando el aire ligeramente fétido de aquella habitación.

Mis músculos vibraban.

La sensación que yo tenía era monstruosa precisamente porque

no sabía definirla.

Pero al fin me di cuenta de lo que se trataba.

Alguien me estaba mirando.

Sí, era eso.

Unos ojos humanos estaban clavados en mí.

¿Pero dónde estaban aquellos ojos? Allí no había ningún ser humano. Si alguna ventaja ofrecía para mí aquella habitación era su falta total de escondites. Nadie podía estar acechándome.

Cerré un momento los ojos.

Pero la cruel sensación persistió.

¿Era aquello una pesadilla? ¿Me estaría volviendo loco también?

Bruscamente sentí miedo, un miedo indescriptible y que no me avergüenza confesar. Caso de ser de noche, no sé si hubiera podido resistirlo.

Salí de allí sintiendo la muerte en mis talones. Sintiendo que la muerte me miraba.

CAPÍTULO XIII

En el resto de la casa imperaba el silencio, de modo que pude ir abriendo las restantes puertas de la planta baja sin que nadie me molestara. Vi que muchas piezas estaban vacías. Otras estaban ocupadas por laboratorios y más laboratorios. Riley tenía mucho dinero invertido allí, pues esa clase de aparatos son caros. Pero no encontré ningún cadáver, ni restos humanos ni nada que me llamara la atención. Incluso el enorme frigorífico que Riley tenía, y que hubiese servido para guardar muertos, estaba vacío.

Fui hacia la puerta.

Y me pareció oír entonces pasos que se acercaban.

Pisadas quedas.

Contuve la respiración.

Las pisadas sonaron más cerca.

¡Alguien venía hacia allí!

No usé mi pistola, puesto que estaba ilegalmente en aquella casa. El matar a uno de sus habitantes hubiera resultado desastroso para mí. Lo único que hice fue preparar mis brazos y pensar en una llave de judo que resultase certera.

Ahora ya no me cabía duda.

Los pasos sonaban justo tras la puerta.

Ésta empezó a abrirse un poco.

No esperé más. Cuando el hombre que iba a entrar allí estaba aún en el umbral, ataqué en fracciones de segundo. Aquel tipo se encontró hecho un ovillo, con un brazo tras la espalda, la garganta medio partida y una rodilla entre las piernas, una rodilla que podía descargar en cualquier momento, y en santa sea la parte, un golpe como para desmayarse.

Pero no llegué a darlo.

El pobre tipo apenas pudo gruñir:

—¡Aaaaagggg…!

Le solté.

Hice un gesto desolado, un gesto de pobre tío que no sabe cómo pedir disculpas.

Un poco más y trinco a McKay.

Porque era McKay el que acababa de entrar en la casa, sin duda extrañado ante mi tardanza.

Cuando le solté dijo con voz que era apenas un susurro.

—Te…te…teniente…

—Lo siento, McKay, de veras lo siento.

—Quizá la culpa ha… ha… ha sido mía. Pero como no me ha dado instrucciones pensé que corría… corría peligro en la casa.

—Gracias, muchacho, pero no pasa nada. Debes volver a tu puesto. Por ahora no he visto a nadie aquí.

—¿La casa está deshabitada?

—Como si lo estuviera.

—¿Entonces qué hago, teniente? ¿Volver al coche?

—Sí. Y en el caso de que oyeras disparos, llama por radio a los otros patrulleros. Si las cosas llegaran a ponerse mal, dispararía al aire.

—Comprendo.

—Sal por el piso superior, McKay. He visto unas escaleras que desde allí llevan al jardín. De ese modo saldrás igualmente, pero de pasada podrás ver si hay alguien en aquel lado de la casa.

—Bien, teniente.

Lentamente.

Subió los escalones.

Uno a uno.

¿Tenía miedo?

¿Quizá presentía lo que iba a ocurrir?

¿Quizá en los últimos segundos tuvo la misma sensación que yo…, la sensación de que se habían clavado en él los ojos de la muerte?

Pero de pronto nos encontramos los dos con aquella alucinación, con aquella especie de pesadilla. La puerta que estaba al final de la escalera se abrió instantáneamente. Oímos un sonido gutural, ululante, un rugido de lobo humano.

Vi a la señora Porter.

Chillaba histéricamente.

Llevaba su zarpa desnuda.

Pero no era eso lo terrible.

Entre sus dos brazos alzados… ¡sostenía un hacha!

Demasiado tarde me di cuenta de lo que iba a ocurrir. Llevé la mano a la funda sobaquera, pero no tuve tiempo de sacar la pistola, montarla y retirar el seguro. Las pistolas son un asco. Si los reglamentos lo permitieran yo llevaría revólver, porque el revólver no necesita ser montado tirando de la corredera hacia atrás, y mientras lo sacas ya puedes alzar el martillo con la misma mano, de modo que puedes dejar seco a un tío antes de que se haya dado cuenta. Pero llevaba pistola, maldita sea. Y cuando la tuve lista para disparar, en sólo cuestión de segundos, aquello ya había ocurrido.

El hacha acababa de bajar fulminantemente.

Fue como un rayo.

Como el relampagueo de la muerte.

La hoja de acero partió en dos el cráneo de McKay, llegando casi hasta su cuello.

Creo que lancé un grito de horror. No sé, pero las fuerzas me fallaron. Recordé instantáneamente el relato de Nora Riley: la señora Porter también la había atacado con un hacha. Pero ahora el golpe había sido mortífero, implacable. Ahora no había existido fallo.

Cerré los ojos.

No sabía lo que me pasaba.

Cuando vi el cuerpo de McKay rodar escalera abajo, con la cabeza partida en dos y perdiendo su propio cerebro, noté que la sensación de la muerte me llegaba hasta las entrañas. Disparé.

Normalmente hubiese matado a la señora Porter, pero ahora estaba tan deprimido que fallé. Le di solamente en un brazo y la hice girar sobre sí misma. También rodó por la escalera siguiendo al cadáver de McKay.

Pero ella no estaba muerta.

Aullé:

—¡Quieta, maldita zorra! ¡Quieta…!

Estaba dispuesto a matarla.

Pero al mismo tiempo me retenía mi deber de policía consciente que no puede disparar porque sí. Le envié otra bala a la pierna para inmovilizarla, y lo único que conseguí fue que saltara como una

cabra, aullando de dolor.

Saltó hacia una puerta.

Me recordó otra vez el relato de Nora: sus faldas eran como las alas de un murciélago.

La vi abrir la puerta de la habitación transformada en un siniestro acuario. Disparé otra vez, pero sólo en plan de advertencia. Desapareció de mis ojos.

Y de pronto oí un alarido absolutamente inhumano.

Monstruoso.

El alarido lanzado por alguien que se encuentra ante una muerte que jamás creyó soñar.

Fui hacia allí.

Tropecé con un mueble. Caí. Me volví a levantar. Jamás me había sentido tan nervioso y tan inseguro de mí mismo.

Abrí la puerta.

Y entonces vi aquel horror. Entonces creo que yo también lancé aquel alarido inhumano.

CAPÍTULO XIV

Por unos instantes no pude creerlo.

Pero era terriblemente cierto. La señora Porter, según estaba viendo ahora, había entrado tan locamente en la que podríamos llamar habitación-acuario que acababa de tropezar con el recipiente acristalado de los cangrejos. Y no sólo eso, sino que al fallarle la pierna había caído dentro de él, puesto que por la parte superior aquel recipiente no tenía ninguna clase de tapa.

Me detuve en el umbral.

Estaba ciego de horror.

Porque lo que veían mis ojos era algo que no podía creer. Y sin embargo, hube de reconocer más tarde que era algo rigurosamente lógico. Los agresivos cangrejos provistos de enormes pinzas —aquellas pinzas trasplantadas por el doctor Riley— se habían lanzado en masa contra el ser humano que irrumpía en su mundo.

La mujer estaba de cabeza allí.

No podía salir.

Disparé bruscamente contra el cristal, pero fue inútil. Únicamente lo astillé. El cristal era tan grueso y sólido que resultó a prueba de balas.

Y además ya era tarde.

Docenas de pinzas habían segado ya el cuello de la señora Porter, como si fuesen enormes tijeras. La sangre bañaba a aquellos cangrejos repulsivos que seguían atacando. La mujer que estaba allí dentro ya no tenía salvación.

Además, le estaban deshaciendo la cara.

Yo no quise ver lo que ocurría con sus ojos.

No quise ver nada.

Nada…

El horror me abrumaba.

Ya lo saben todos ustedes: soy un joven policía, pero he visto ya

muchos horrores. Y sin embargo, jamás había visto nada que fuese como aquello. Nunca. Tanto es así que necesité apoyarme en la puerta mientras sentía que iban a faltarme fuerzas incluso para sacar de allí a la señora Porter. O lo que quedara de ella.

Fui a moverme.

¿Pero por qué tuve otra vez aquella brutal sensación?

¿Por qué pensé QUE ME MIRABAN UNOS OJOS HUMANOS?

Allí no los había.

Nadie estaba oculto.

NADIE.

Atravesé la puerta.

Y entonces ella vino hacia mí.

Saltó hacia mi cuello, casi hacia mis ojos. Pero ahora fue distinto.

Por el buen Dios.

Juro que fue distinto.

CAPÍTULO XV

Nora Riley estaba mucho más deshecha, mucho más aniquilada que yo. Sin duda se hallaba en las habitaciones superiores de la casa cuando oyó los disparos y había bajado a toda prisa. No sé lo que hubiera hecho caso de encontrarme con otra persona, pero la primera persona con la que se había encontrado era yo. Me conocía, al fin y al cabo, de verme por las calles de White Lake y de Grand Chenier. Sabía que yo era de la bofia, y la bofia sirve a veces para proteger a las personas. Quizá se había dado cuenta también de que mis miradas hacia ella no habían sido jamás unas miradas indiferentes.

Lo cierta era que estaba llorando en mi hombro.

Y convulsionándose.

Loca de horror.

La apreté contra mí mientras sentía una especial dulzura, mientras pensaba que aquellos sencillos gestos evitaban muchas palabras y aclaraban muchas cosas. Entre Nora Riley y yo todo sería distinto a partir de aquel instante. El mundo de la muerte nos había devuelto al mundo de la vida sin que supiéramos cómo.

La saqué de allí.

Puede decirse que huimos de aquel universo de horror.

Los dos sabíamos que no se podía hacer nada ya por la señora Porter.

La hice sentar lejos de aquella habitación y lejos también del cadáver de McKay, cuya visión nos hubiera destrozado los nervios. Sabía que yo tenía que hacer algo, que correr quizá hacia el coche patrullero y llamar por la radio, pero algo me inmovilizaba. Yo creo que era la presencia de Nora, puesto que Nora me necesitaba más que nadie en el mundo. Profesionalmente me estaba dando a mí mismo la excusa de que ella podía aclararme muchas cosas, pero lo cierto era que estaba quieto allí, mirándola.

Me di cuenta de que la luz se extinguía rápidamente.

Con los nubarrones y la llegada del crepúsculo, todo iba adquiriendo un siniestro color violeta. Me di cuenta de que pronto nos rodearían las sombras.

Hice la única pregunta que en ese momento podía hacer, una pregunta simple y que lo resumía todo:

—¿Por qué?

—La señora Porter estaba loca —dijo ella con un hilo de voz—. Hubiera atacado hasta la muerte a cualquiera que entrase en lo que ella consideraba su santuario particular.

Yo lo comprendí muy bien, mientras sentía que me iba tranquilizando gradualmente. La muerte de aquella fiera me había evitado un serio problema, al fin y al cabo, puesto que así no tenía que detenerla. Ella había matado a Mónica, según confesión escrita en el diario de Nora. Y ya había pagado por ello.

Introduje la derecha en el bolsillo de mi americana y mostré el librito de tapas rojas. Nora se estremeció.

—Dios santo… —dijo.

—Lo tenía tu tío en el hospital —dije—. Sin duda te lo quitó.

—Yo ya lo había echado en falta, pero… ¿pero cómo pudo ser él?

—Sin duda no lo guardaste con las debidas precauciones, Nora.

—Pero lo que no comprendo es por qué no lo ha destruido. Ese libro le compromete…

—No lo ha destruido porque John Riley ya no quiere vivir —dije—. Ésa es la razón. Y hasta quizá hubiera terminado por entregarlo a la policía.

Ella guardó silencio. Yo notaba su respiración agitada entre las sombras cada vez más espesas. Supe que dentro de poco sólo veríamos el brillo de nuestros propios ojos.

No comprendo por qué, pero me estremecí.

Fue como si el instinto me dijera que una oscura amenaza, una amenaza que aún no había identificado, flotara sobre mi cabeza.

Sin embargo, mi voz fue tranquila al preguntar:

—Algunas de las cosas que han sucedido aquí son horribles, Nora, pero podemos evitar que sucedan otras si obramos con inteligencia. En primer lugar, necesito hacerte alguna pregunta antes de explicar a mis jefes lo ocurrido.

—Hazla.

—¿Dónde está el marido de la señora Porter?

—Huyó.

—¿Tenía miedo?

—Yo creo que sí. Debía serle imposible resistir más.

—¿Él tuvo alguna intervención en lo que sucedía en esta casa?

—Daba de comer a los animales que hay en esa habitación donde ha muerto la señora Porter. Yo jamás entraba ahí. Sólo él, la señora Porter y mi tío. Pero el hombre que ha huido no podía más. A veces le sorprendí temblando.

—¿Qué hay ahí?

—Yo no he entrado nunca, ya te lo he dicho —me respondió—. En cambio, tú lo has visto.

—Sí —asentí—. Cangrejos, serpientes, peces… Pero se tiene una sensación extraña.

—¿Qué sensación?

—La de que unos ojos humanos te miran.

—Es absurdo —dijo ella—. No hay nadie ahí dentro.

—De acuerdo —dije intentando resumir—. No hay nadie ahí dentro. Y si el marido de esa vieja monstruo no tuvo nada que ver con lo ocurrido en la casa, podemos eliminarle. Mejor que haya huido. Vamos con la tienda de Grand Chenier.

—¿Qué pasa con la tienda de Grand Chenier?

—Me refiero a lo que tú explicas en el libro. Viste a través del escaparate la cara de Mónica en aquella tienda de la vieja señora Carlier.

Nora logró sonreír un instante. También ella se sentía más tranquila. Con voz lenta me explicó:

—Creo que eso también puede desecharse. No fue que me equivocara, sino que *realmente vi a Mónica*. Pero no a ella, sino a su madre. Quizá en la agenda hayas leído que se parecían mucho. La madre de Mónica era ya muy vieja, pero a través del cristal y en una visión fugaz me pareció muchísimo más joven. Ella quería averiguar lo que había sido de su hija y vivía allí. Se puede decir que acechaba porque no se fiaba de tío Riley, pero al mismo tiempo no se atrevía a entrar en aquel misterioso reino que le daba miedo. Imagino que veía a la señora Porter y la señora Porter la tenía engañada. En cuanto a la señora Carlier, la ocultaba en su casa sin

decírselo a nadie. Más tarde supe que eran amigas de juventud.

—¿Eran? —musité.

—Sí, porque la madre de Mónica murió hace dos días en Grand Chenier, sin saber realmente lo que le había sucedido a su hija. Creo que más vale que ocurriera así. Ella también puede ser desechada.

Debo confesar que me alegré, pese a que uno no debe alegrarse jamás de la muerte de una persona. Pero, efectivamente, dada la edad presunta de la madre de Mónica, era mejor que se hubiese ido en paz al otro mundo y sin conocer aquella verdad horrible. Además, eso eliminaba otro problema de los que tenía planteados en mi mente.

Murmuré:

—Queda Soledad Huarte.

—¿La doncellita que tenía la señora Wimbledon?

—Sí. ¿Qué ha sido de ella?

—¿Por qué lo preguntas?

—La señora Wimbledon, si es que a ese bicho se le puede llamar *señora* podía tener interés en eliminarla.

—No veo la razón…

—Ella, es decir la Wimbledon, estaba liada con un tenista llamado Pancho Menéndez. Y con otros hombres. Por aquellas fechas su marido vivía aún, y ella corría dos peligros. Primer peligro: que él la matase de una cornada. Segundo peligro: que la desheredase.

—Comprendo que cualquiera de las dos cosas la dejase sin aliento —dijo Nora—. ¿Pero qué tiene que ver con eso la pobre doncellita?

—Mucho. Quizá Soledad Huarte sabía demasiadas cosas de su dueña. Por el cargo que tenía, eso es natural. Y quizá Patricia Wimbledon tuvo miedo de que la pequeña se fuese de la lengua.

—Bueno, pero eso no la relaciona con tío Riley…

—Sí —dije secamente, aun sabiendo que con aquellas palabras le hacía daño—. Según mis informes, la pequeña fue vista por última vez aquí. ¿Y sabes qué pienso? Que sólo hay una persona en Louisiana capaz de hacer desaparecer un cadáver, sin dejar rastro. Es decir, empleándolo para sus condenados trasplantes. Sólo una persona podía al mismo tiempo necesitar una víctima *viva* para sus experimentos, y quizá esa persona llegó a un acuerdo con Patricia

Wimbledon.

Nora tembló.

Todo su cuerpo sufrió una brutal sacudida.

Sus ojos estaban desencajados.

Tanto que por unos momentos; temí haber sido demasiado cruel. Ella, después de todo, aún sentía un cierto afecto por John Riley. Era el hermano de su padre. Pensaba que había hecho nauseabundos experimentos con personas *muertas*, pero nunca con personas vivas.

—Eso no es posible —bisbiseó al cabo de unos momentos que se me hicieron angustiosos—. Tío Riley sería incapaz de una cosa así.

—Pues ese hombre no quiere vivir —dije suavemente—. Anhela la muerte, lo cual quiere decir que hay algo en su conciencia que le está volviendo loco. Y uno no se muere de arrepentimiento por haber realizado experiencias con animales o con cadáveres. Tiene que haber *algo más*.

Nora Riley volvió a estremecerse.

Yo me daba cuenta de que había acertado en la diana.

Era cruel, pero ambos pensábamos lo mismo ahora: que Soledad Huarte había desaparecido en aquella siniestra casa y que jamás encontraríamos sus restos. Que el crimen quedaría impune.

Resultaba terrible pensar eso.

Pero al menos ya habíamos llegado al mismo punto los dos. Podíamos seguir el camino juntos con la esperanza de conseguir algún resultado.

Pregunté a Nora:

—¿Tú has visto algo?

—¿Te refieres a restos humanos?

—Sí, a restos humanos.

Negó con la cabeza firmemente.

—No, te juro que no. Claro que… que puede haber dado poco a poco el cuerpo para que comieran sus horribles animales, en especial los peces y los cangrejos…

Me estremecí yo ahora. Eso era cierto, y hasta había que admitir que resultaba lógico. Efectivamente, ninguna otra persona en Louisiana podía hacer desaparecer un cuerpo humano con tanta facilidad como el doctor Riley. Y si éste había cometido aquel crimen lo estaba pagando cien veces, puesto que era un hombre

deshecho. Pero ¿y Patricia Wimbledon…? Ella no. Ella vivía feliz y encima era millonaria. Ella no pagaría jamás su repulsivo crimen, porque ni siquiera lograríamos probarlo.

—¿Puede haber alguna tumba en el jardín? —susurré, sin perder del todo las esperanzas.

Volvió a negar con la cabeza.

—No, seguro que no. Lo he recorrido cien veces y lo hubiese visto.

—Pues, entonces, Nora… —dije.

Bueno, no sé si lo dije realmente.

Porque de pronto oímos otra vez aquel grito.

Aquel alarido inhumano.

Aquel alarido de muerte…

Pero no lo lanzaba una mujer esta vez.

Lo lanzaba un hombre.

CAPÍTULO XVI

De un modo maquinal, como si nos hubiera impulsado un resorte, nos movimos los dos. De pronto me di cuenta de que las sombras nos envolvían de tal manera que ya era casi noche cerrada. Abrí una de las ventanas, o más bien la rompí, y salté al exterior. Nora me siguió haciendo pasar por encima del alféizar sus preciosas piernas.

Vi entonces el lago.

El lago color plata.

Y los árboles misteriosos.

Y los furtivos pájaros de la noche…

Todo eso ha hecho que la región central de Louisiana sea una zona de misterio donde cualquier cosa puede suceder.

Pero yo no miraba con fijeza ninguna de aquellas cosas, aunque me daba cuenta de todas ellas. Yo sólo miraba las aguas del lago. Y veía que en ellas se estaba introduciendo alguien a quien conocía bien.

¡ERA EL PROPIO RILEY!

¡Riley había escapado del hospital!

¡Y se estaba introduciendo en el lago mientras gritaba de aquel modo espantoso, mientras lanzaba aquel largo aullido que helaba la sangre!

Intenté avanzar hacia él.

Pero me di cuenta de que se hallaba a demasiada distancia. Cualquier cosa que yo hiciese significaría llegar tarde.

Y me di cuenta de otra cosa. Me di cuenta de algo que contribuyó a helarme la sangre aún más. Por todos los infiernos… Riley no gritaba de miedo. Si Riley se había escapado para venir allí era porque lo deseaba. Por lo tanto, no sentía ningún pánico. Aquel grito… ¡ERA UNA LLAMADA! ¡Estaba invocando a alguien! ¡Llamaba al ser abominable que yacía en el fondo del lago!

Oí que Nora lanzaba un gemido.

Yo también me estremecí de horror.

Mi derecha temblaba.

Supe que intentar usar la pistola sería inútil, pero la saqué.

Y entonces los poderes monstruosos del lago respondieron a la llamada. Entonces los dos vimos aquel horror.

No sé si gritamos.

No sé si disparé.

Claro que de todos modos hubiera sido inútil, porque ya nada podía frenar aquello.

Vimos los cabellos blancos pegados a la cara.

Los dientes de lobo.

Las zarpas.

Oímos el rugido ululante.

Y entonces Riley desapareció bajo las aguas. ¡Desapareció como el joven que un día salvó a Nora! ¡Dejó sólo en las aguas una espantosa mancha de sangre!

Los dos nos sentíamos impotentes, aterrorizados, incapaces de hacer un solo movimiento.

De John Riley ya no quedaba nada.

Sólo veíamos el gorgoteo del agua.

Y la sangre.

Y notábamos aquella sensación del Más Allá que nos dejaba indefensos.

Una sensación del Más Allá donde nada era verdad, donde el mundo no existía, donde no había coches, donde…

¿No había coches?

Nos volvimos como autómatas.

Acabábamos de oír el rugido del motor a nuestra espalda.

FINAL

Realmente, cuando uno ha visto el horror mismo, cuando ha visto cabezas abiertas en dos, mujeres comidas por los cangrejos y seres monstruosos que surgen del fondo de los lagos, no está preparado para ver lo que nosotros vimos. Y sin embargo, nada tan normal. Pero fue el contraste lo que me sobrecogió, fue el cambiar tan bruscamente de una visión tan horrible a una visión tan seductora.

No puedo negar que Patricia Wimbledon tenía unas piernas suculentas.

Se comprendía que su difunto marido se hubiera resignado a ser cornúpeta con tal de tenerlas cerca, si es que llegó a sospechar que necesitaba un sombrero con mangas.

Y la condenada sabía enseñarlas bien.

A modo.

Con la portezuela de su lujoso Rolls abierta —un coche de veinte mil dólares con los impuestos incluidos— me ofrecía un panorama seductor. Yo comprendí que aquella exhibición iba destinada a mí en exclusiva, ya que Nora Riley poco podía importarle. Y comprendí también que lo hacía para burlarse. Era tan dueña de la situación que me obsequiaba con el panorama de sus piernas antes de darme dos puntapiés en los ojos.

La verdad era que yo estaba asombrado.

Hubiera esperado encontrar allí a cualquier persona menos a Patricia Wimbledon, que había de tener el mayor interés en que no la relacionaran con aquella casa.

Pero sin embargo, la idea fue penetrando poco a poco en mí. Y aquella idea me decía que Patricia Wimbledon era quien había traído hasta el lago a John Riley.

—¿Tú lo llevabas? —inquirí.

—Sí —me dijo despectivamente—. Yo. Y en coche de lujo.

—¿Pero por qué?

—Porque me interesaba que muriera. Le he sacado del hospital con el pretexto de llevarle a dar un paseo. Él no se ha opuesto, aun sabiendo que eso significaba su muerte.

—¿Por qué su muerte?

—Él era el único que podía denunciarme antes de quitarse la piel de encima. Y los que se suicidan tienen una fastidiosa tendencia a hacer antes confesiones que comprometen a las personas honradas.

Dijo lo de *personas honradas* con una expresión sarcástica que aún desequilibró más mis nervios, que me hizo lanzar una especie de gruñido gutural mientras avanzaba un paso.

—¿Cómo dejaron salir los médicos a tío Riley? —musitó Nora, todavía sin aliento a causa de la escena horrible que acababa de presenciar.

—Pensaron que un paseo le sentaría bien —contestó Patricia tranquilamente—. En realidad, le convenía distraerse un poco. Y como yo soy una mujer en la que todo el mundo tiene confianza…

Lanzó una risita nerviosa. A pesar de lo que había hecho aún se sentía dueña de la situación, quizá porque veía todas las cartas en su mano. Con expresión perfectamente tranquila dijo:

—Nadie podrá acusarme de nada. Yo no he hecho más que traer a Riley a la orilla del lago. Ustedes mismos han visto que él se metía voluntariamente y llamaba al monstruo. Cuando un par de docenas de escafandristas, con rifles submarinos, acaben con ese ser del infierno, se comprobará quién ha matado a Riley. Yo quedaré limpia de culpa.

Era verdad. Desgraciadamente, yo sabía que era verdad. Patricia Wimbledon había planeado otro asesinato que quedaría impune. Por eso chirriaron mis dientes mientras gruñía:

—¿Conocías la existencia de ese monstruo?

Ella se encogió de hombros.

Pero estaba claro que sí, porque de lo contrario no hubiera traído a su víctima junto al lago.

—Entonces conocías también los experimentos de Riley —dije, tomando aquello por una contestación afirmativa—. Y sabías también que él podía hacer desaparecer el cuerpo de Soledad Huarte.

Noté que la hermosa y condenada mujer palidecía un poco.

Pero aún estaba muy segura de sí misma. Sabía que podía estarlo. Con voz tranquila preguntó:

—¿Y qué?

—Confías en que el cuerpo de la pobre muchacha no aparecerá jamás, ¿verdad? El único que podía acusarte era Riley, y le has hecho morir para que no hablara…

Lanzó una carcajada seca, altiva, hiriente.

—Una mujer con inteligencia no tiene por qué hacer las cosas mal —fue todo lo que dijo—. Supongamos que es cierto lo que piensas, bastardo. ¿Cómo lo probarás? Sabes que me enviarían al patíbulo o a la cárcel para toda la vida si el cuerpo de Soledad aparece, pero ese cuerpo no aparecerá. Búscalo… Vamos, hijo de perra… Haz lo que te enseñó tu madre y sigue el rastro…

Cerró la portezuela, con una última y espectacular exhibición de muslos, y arrancó. Aquella maravilla rodante que era el Rolls desapareció de mi vista. Sentí que se me nublaban los ojos.

Nunca me habían confesado un crimen tan claramente. Un repulsivo crimen. Y nunca me había sentido tan impotente para demostrar la culpabilidad, porque Soledad Huarte estaba dada oficialmente como desaparecida y el caso estaba archivado. No lo volverían a abrir jamás si el cadáver no aparecía.

Y yo sabía que no aparecería nunca.

Ni en el fondo del lago, donde lo podía haber devorado el monstruo.

Ni en los recipientes de los ávidos cangrejos, que habrían desmenuzado hasta los huesos.

Ni en el mundo silencioso de los peces incansables.

El cuerpo de la pobre muchacha había desaparecido para siempre. Había pasado por centenares de estómagos diminutos y ávidos. El crimen nunca se descubriría. Y mientras tanto, de los dos asesinos que habían intervenido en él, uno aún se reía de la ley y aún se paseaba en Rolls.

Sentí deseos de morderme los puños.

Pero nada podía hacer.

Nada…

Con voz espesa de hombre a quien fallan las fuerzas pedí:

—¿Un teléfono, Nora? He de llamar a mis jefes. He de contar lo

que ha pasado aquí.

—¿Es preciso?

—Es indispensable, Nora. Y no te preocupes de ese loco de tu tío. Nadie se va a meter con él ya. De nada nos serviría.

Al fin y al cabo, Riley había muerto víctima de su propia monstruosa creación.

Lástima que el otro asesino, la seductora y al mismo tiempo repulsiva Patricia Wimbledon aún meneara la cola.

—Hay un teléfono en el vestíbulo —dijo—. Puedes llamar.

Fuimos allí.

Descolgué, pero no daba la señal.

Miré extrañado a Nora…, la muchacha de la que sabía que ahora ya no me separaría nunca.

—Debe estar estropeado —dijo.

—Entonces…

Dudaba.

—Entonces, ¿qué? —pregunté.

—No va a ser agradable para ti entrar de nuevo en esa habitación… Pero hay otro teléfono independiente en el sitio donde ha muerto la señora Porter.

Sentía que se me secaba la boca.

No, no era agradable.

Seguro que los cangrejos aún estaban continuando su maldita obra destructora.

Pero necesitaba hacerlo, de modo que lo hice. Pasé a la otra sala. No quise mirar el cuerpo de la señora Porter, que aún continuaba en el mismo sitio.

Los cangrejos seguían su siniestro trabajo.

Un clima de pesadilla imperaba allí. Un clima que ningún hombre hubiera podido definir, pero que helaba la sangre.

Y sin embargo, yo no me fijaba en eso.

No veía los cangrejos.

Ni el cuerpo de la muerta.

Ni siquiera el teléfono.

¿Por qué tenía allí la sensación que no había tenido en ninguna otra parte? ¿Por qué…? ¿Por qué pensaba QUE ME ESTABAN MIRANDO UNOS OJOS HUMANOS?

Otra vez como antes.

¡Pero si allí no había nadie…!

¡Dios santo!

¿POR QUÉ?

Quise librarme de mis pensamientos. Fui a marcar el número de mi propia comisaría.

Y de pronto mi dedo quedó detenido en el aire.

Mi aliento se cortó.

Mis ojos quedaron como los ojos de un muerto…

Porque entonces la vi.

Estaba allí.

A tres pasos.

LA MIRADA HUMANA.

La gruesa pitón antes tan inmóvil se había desperezado. Acababa de sacar su cabeza del interior del conjunto de piedras y hierba que había en su recinto. Sus ojos me miraban.

¿Sus ojos?

Todo dio vueltas en torno mío.

Todo…

Porque la cabeza en que terminaba el cuerpo de la serpiente no era una cabeza de serpiente.

Era la cabeza de… ¡Soledad Huarte!

¡La prueba del trasplante más monstruoso de Riley!

¡La prueba que podía enviar al patíbulo a Patricia Wimbledon!

Mis rodillas vacilaron.

Supe entonces, por si no lo sabía, que la ciencia puede ser monstruosa. Supe entonces que necesitaba salir para siempre de aquel mundo de horror.

Pero era incapaz de moverme.

Estaba hipnotizado.

Como muerto…

Fue entonces cuando, gracias al cielo, la serpiente se enroscó y volvió a ocultarse. Fue entonces cuando pude marcar el número.

¿Pero me creerán ustedes si les digo que me equivoqué tres veces…?

FIN



FRANCISCO GONZÁLEZ LEDESMA (Barcelona, 1927-2015) fue abogado, periodista y escritor.

El primer reconocimiento le llega en 1948 cuando gana, con Somerset Maugham y Walter Starkie en el jurado, el Premio Internacional de Novela gracias a *Sombras viejas*. Pero la obra premiada es censurada por el régimen franquista y se frustra el prometedor futuro del autor.

Coartado por la dictadura, González Ledesma empieza a escribir, bajo el seudónimo de **Silver Kane**, novelas populares para Editorial Bruguera. Desencantado de la abogacía, estudia periodismo e inicia una nueva etapa profesional en *El Correo Catalán* y, más tarde, en *La Vanguardia,* alcanzando en ambos periódicos la categoría de redactor jefe.

En 1966 fue uno de los doce fundadores del Grupo Democrático de Periodistas, asociación clandestina durante la dictadura en defensa de la libertad de prensa.

En 1977, con la consolidación de la democracia en España, publica *Los Napoleones* y en 1983 *El expediente Barcelona,* novela con la que queda finalista del Premio Blasco Ibáñez y en la que aparece por vez primera su personaje emblema, el inspector Méndez. En 1984

obtiene el Premio Planeta con *Crónica sentimental en rojo* y la consagración definitiva.

Como abogado ha recibido el premio Roda Ventura y como periodista el premio El Ciervo. En 2010 se le otorgó la Creu de Sant Jordi por su trayectoria informativa y por la calidad de su obra, de proyección internacional.